

CIUDADANO ESTELAR

CLARK CARRADOS

Cuando era llegada la hora de trabajar, Vannevar se entregaba de lleno a la misión que le encomendaban. Con el mismo ahínco que se entregaba a la diversión una vez concluido su trabajo, como en el momento presente en que podía disfrutar de unas bien ganadas vacaciones.

Su profesión le gustaba. Era dura, peligrosa y arriesgada, pero en ella, además del excitante «leit-motiv» de la aventura, se ganaba bastante dinero. Y esto era una cosa que le gustaba mucho al joven.

Porque Vannevar era joven. Tenía, treinta y cinco años, una edad, que con los adelantos quimioterápicos de la época, quedaba equiparada físicamente a los veinte y pocos más, y poseía una gallarda y robusta figura que hacía volver la cabeza a las mujeres que se cruzaban con él.



Clark Carrados

Ciudadano estelar

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 211

ePub r1.0

Lds 24.03.19

Título original: *Ciudadano estelar*
Clark Carrados, 1960
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




CIUDADANO
ESTELAR

CAPÍTULO PRIMERO



ra muy cierto que Vannevar Dawson, agente especial del Servicio de Inteligencia del Imperio, lo estaba pasando muy bien.

Cuando era llegada la hora de trabajar, Vannevar se entregaba de lleno a la misión que le encomendaban. Con el mismo ahínco que se entregaba a la diversión una vez concluido su trabajo, como en el momento presente en que podía disfrutar de unas bien ganadas vacaciones.

Su profesión le gustaba. Era dura, peligrosa y arriesgada, pero en ella, además del excitante «leit-motiv» de la aventura, se ganaba bastante dinero. Y esto era una cosa que le gustaba mucho al joven.

Porque Vannevar era joven. Tenía, treinta y cinco años, una edad, que con los adelantos quimioterápicos de la época, quedaba equiparada físicamente a los veinte y pocos más, y poseía una gallarda y robusta figura que hacía volver la cabeza a las mujeres que se cruzaban con él.

Aparentemente podía dar la sensación de que era un individuo pagado de su físico. Lo cierto era, sin embargo, que poseía un cerebro agudo como pocos y una astucia inigualable que, además de un valor y resolución a toda prueba, le hacían ser un elemento inapreciable en el Servicio.

Estaba de vacaciones. Por ello se encontraba en el «Bhrit's», acompañado de una despampanante trigueña que respondía al nombre de Lisa y de la cual se había sentido enamorado en más de una ocasión, aunque no lo suficiente —para desdicha de ella—, para hacerla su mujer.

Lisa y Vannevar se encontraban en un palco del «Bhrit's», casi ocultos a las miradas del público, contemplando el maravilloso espectáculo que ofrecían las veinticuatro bailarinas que movían rítmica y sincrónicamente sus bien torneadas pantorrillas, con un arte y una disciplina como solo en un planeta podían encontrarse, por descontado que habían sido importados directamente de la Tierra, que es el planeta Tierra que nos referimos.

Cuando el número hubo concluido, el público que llenaba a rebosar el «Bhrit's» rompió en una cerrada salva de aplausos. Las bailarinas saludaron y se retiraron, ejecutando un nuevo número coreográfico.

Entonces la orquesta se puso a tocar.

—Vamos a bailar —sugirió Lisa.

Vannevar hizo una mueca.

—Nena, estoy un poco cansado del ajetreo de los últimos días Especialmente del de esta noche. Hemos recorrido ya siete u ocho locales. ¿No te parece que es hora de quedarnos sentados un poco?

—Anda, Van —dijo ella, insinuante, rozándole una mejilla con las yemas de los dedos, rematadas por unas puntiagudas uñas, de brillante color esmeralda.

El joven levantó una mano. Un camarero, vestido de una forma que recordaba a los árabes de opereta, acució obsequiosamente.

—Tú dirás, señor —se inclinó ante Vannevar.

—Champaña. Oye: que sea terrestre. Pero no sintetizado, ¿estamos?

—Serás complacido, señor.

—¿Estás contenta, Lisa? —preguntó Vannevar.

Ella hizo una mueca con los labios, y dijo:

—Yo quería bailar.

—No seas pesada, Lisa; estoy cansado.

Lisa hizo una mueca de desagrado.

—Para esto, me hubiera quedado en casa —refunfuñó: y con displicente gesto, alargó la mano, conectando el pequeño receptor de televisión de que la mayoría de las mesas estaban provistas.

La pantalla se iluminó casi de inmediato y en ella apareció un locutor que emitía un boletín de noticias.

A su pesar, Vannevar escuchó lo que decía el locutor Tenía motivos para ello, pues había intervenido en el asunto.

«—… y hasta el momento, se ignora la decisión que adoptará el Gran Senado del Imperio con respecto a la princesa. Yanilde, que se ha reconocido culpable de conspiración y rebeldía contra la autoridad constituida legalmente. La princesa está, en espera de sentencia, recluida en la Fortaleza de Makerub…».

Vannevar alargó la mano y cerró la transmisión.

—Déjame escuchar el resto —exclamó Lisa.

—Escucha la música; es más interesante —contestó él con aspereza.

Ella le miró, muy intrigada.

—Te encuentro raro estos días, Van —dijo.

El joven no contestó. Se reclinó en el asiento y, con la copa de champaña que acababa de escanciarle el camarero, empezó a pensar.

Rememoró su último servicio, el cual había traído como consecuencia el arresto y condena de Yanilde. La princesa —esto era cierto—, se había rebelado contra la autoridad del Emperador, arrastrando a la rebelión a sus súbditos. Éste era un crimen que en el IV Imperio Galáctico se pagaba con la vida y, hasta cierto punto, Vannevar se sentía responsable de la sentencia que recaería, sobra la rebelde.

Se dijo que no podía haber hecho otra cosa. Era su obligación, primero como funcionario del Servicio de Inteligencia y segundo como ciudadano del Imperio que, como todos, debía fidelidad a su Emperador, Otthar IX. ¿Qué otra cosa podía haber hecho? Si se

hubiera negado, habría sufrido un severo castigo —como mínimo le hubieran privado de su derecho de ciudadanía— y otro agente lo hubiera hecho igual.

¡Al diablo con Yanilde! Ella se lo había buscado. Vivía bien; ¿qué culpa tenía nadie de su ambición?

Sus pensamientos fueron cortados súbitamente por una presencia extraña en el palco. Notó una obscura silueta frente a sí y levantó la cabeza.

Un hombre babia ante él. Advirtió que Lisa se había puesto muy rígida, con las manos crispadas sobre el borde de la mesa.

El individuo vestía el uniforme azul prusia de las Legiones del Imperio y sobre la cabeza llevaba un casco semiesférico, de plata, prolongado en la frente por una visera recta y picuda y en la parte superior por una especie de cresta afilada que iba empequeñeciéndose por la parte posterior hasta desaparecer en la nuca.

En la parte alta de las mangas portaba los dos círculos de plata que señalaban su grado. Se llevó la mano izquierda a la visera y saludó.

—Capitán Quask, de la Vigesimocuarta Legión del Imperio. ¿Tengo el honor de hablar con el ciudadano Vannevar Dawson?

—El mismo, capitán —contestó el joven—. ¿Quieres sentarte un momento con nosotros?

Quask denegó con leve movimiento de la cabeza.

—Lo siento, ciudadano Dawson. Me es imposible, pues estoy de servicio.

—¿De servicio? —Vannevar arqueó las cejas—. ¿Qué tiene que ver tu servicio conmigo?

—Te traigo un mensaje del ilustre Shanbarra, procónsul del planeta en nombre de Su Muy Poderosa Majestad Otthar IX. Shanbarra te ruega vayas a verle lo antes posible. Yo te acompañaré —concluyó Quask.

Vannevar apretó los labios.

—¡Adiós vacaciones! —masculló, y se puso en pie.

Acarició con la mane las tersas mejillas de la muchacha.

—Lisa, te ruego me excuses. Alguien que puede más que yo requiere mi presencia en otro lugar.

La rubia silbó estrepitosamente.

—¡Chico, qué amistades te gastas! ¡Nunca me habías dicho que fueras amigo del procónsul! Y nada menos que te llama a las cuatro de la mañana.

—Fuimos juntos a la escuela —sonrió Vannevar—. Adiós; ya te llamaré otro rato.

Metió la mano en el bolsillo y sacó del mismo un disco de jade, bordeado de oro. En uno de sus lados se veía la imagen de perfil de un hombre de rasgos duros y enérgicas, rodeado por una leyenda: «Otthar IX, Imperator», y al pie un número que indicaba su valor fiduciario.

Arrojó la moneda sobre la mesa.

—Cuando quieras, capitán —dijo Vannevar, y salió.

* * *

Amanecía ya cuando Vannevar fue introducido a presencia de Emil Shanbarra, procónsul del planeta en nombre del Emperador.

No era la primera vez que Vannevar y Shanbarra se enfrentaban. A pesar de lo que el joven había dicho a Lisa en el palco, lo cierto era que no se habían conocido hasta que a Shanbarra le fuera concedido el proconsulado de Lambda, el undécimo planeta del Sistema Imperial, como era conocido el sistema que tenía por sol a la estrella Sirio, en contraposición a los otros sistemas tributarios del Imperio.

Shanbarra pasaba de los sesenta años de edad, pero su aspecto era el de un hombre de menos de cuarenta.

No obstante, ahora aparecía cansado y avejentado, sin duda por los sinsabores que le proporcionaba el cargo que desempeñaba.

El procónsul estaba sentado ante una mesa, en la que se veía un servicio de café. Estaba sorbiendo el de una taza y con la mano izquierda indicó al joven la silla vecina.

—Siéntate, Dawson —dijo— y toma una taza de café conmigo. Es decir, si te apetece.

—Eres muy amable, ilustre Shanbarra. Gracias. Creo que no me vendrá mal —sonrió el joven, vertiendo el negro líquido en su taza.

—Sobre todo, después de la actividad de esta noche.

Vannevar miró al procónsul y sonrió.

—Después del trabajo, es lógico que uno se expansione, ilustre.

—Lo encuentro muy natural, Dawson. Pero, por favor, suprime el tratamiento. No hay cosa que más me enoje. Y ahora, querrás sin duda saber los motivos por los cuales he cortado tan bruscamente una diversión tan sabrosa.

—No pueden ser sino justificados. ¿Dónde tengo que ir ahora?

Shanbarra se echó a reír.

—¡Ah! Ya sabes que tienes que salir de viaje.

—Cada vez que recibo una llamada por el estilo, me entregan un sobre con instrucciones y un billete de astronave. ¿Va a ser ahora diferente la cosa?

—Sí y no. Las instrucciones serán verbales. Y los billetes serán dos.

—¿Dos?

—Sí.

—Sí. Uno para ti y otro… para la princesa Yanilde.

Vannevar pegó un brinco en su asiento, tan violento, que estuvo a punto de derribar la mesita.

Se excusó.

—Perdóname, Shanbarra, pero es que la noticia…

El procónsul movió los párpados con gesto benigno.

—Me lo supongo, Dawson. Todavía no he concluido, sin embargo.

—¿Ha recaído ya sentencia en el caso de Yanilde?

—Sí. Y salvo mi oficial de cifra, que es el que ha recibido el mensaje, tú eres el primero en conocer la resolución del Gran Senado. Toma y lee.

Shanbarra entregó a Vannevar un documento que tenía sobre la mesa. El joven lo cogió, desdoblándolo.

«Gran Senado dictó sentencia hoy en nombre Otthar IX: decretase extrañamiento perpetuo rebelde princesa Yanilde de Ishawor desposeyéndola todos sus honores y dignidades y fijándola como residencia planeta Gamma Sistema Sol que no podrá abandonar bajo pena de muerte que cualquiera de mis súbditos podrá ejecutar en el acto *Stop* Firmado: LAYOLD, Secretario Senado *Stop* Acusé recepción mensaje cifra

octava fin».

—Eso es algo mejor que ir a parar a la cámara de desintegración, ¿verdad? —comentó Shanbarra.

Vannevar se puso en pie, abanicándose maquinalmente con el documento. Se acercó a la gran vidriera desde la cual se dominaba el panorama de la ciudad.

En el horizonte, el sol de aquel planeta era una bola de fuego que ascendía rápidamente hacia el cielo.

—Para ella será la muerte —dijo, volviéndose bruscamente.

—¿Por qué?

—Ella ha nacido en Dzeta de Sirio, Shanbarra, y tú sabes muy bien que los naturales de ese planeta son capaces de cualquier cosa por no abandonarlo. Languidecerá en Gamma de Sol y morirá.

El procónsul se encogió de hombros.

—No es seguro. De momento conserva la vida, que no es poco.

—Un dzetano prefiere morir a vivir fuera de su planeta. Su patriotismo es tal…

—No me hables de patriotismo, Dawson; es un pretexto ya demasiado empleado. Además, ella se lo buscó. ¿Por qué sublevarse contra Otthar?

—¿No lo hubieras hecho tú, en sus condiciones?

—¿Yo? Bromeas, ciudadano Dawson. Estoy muy bien aquí y…

—Pero no estás en tu planeta, el que esta gente llama Gamma de Sol y que para nosotros es la Tierra.

—¿Y qué hay en la Tierra que Lambda de Sirio no pueda ofrecerme? Tengo todo lo que se me apetece; cobro un magnífico sueldo y, cuando el Emperador estime oportuno relevarme, lo haré con una fortuna en el bolsillo. ¿Puedo pedir algo más?

—No, es claro que no —contestó el joven, a regañadientes.

—Además, tú, como yo, eres también terrestre. Desde que empezaron a educarte para el Servicio de Inteligencia, a los doce años, porque los «test» demostraron que ésa era la profesión que mejor te acomodaría, ¿cuánto tiempo seguido has pasado en Gamma de Sol? ¿Te has muerto por ello?

—Por supuesto que no, ilustre. Pero…

—Tú y yo y trillones de gentes como nosotros, ya no somos ciudadanos de determinado planeta, sino de un conjunto de

sistemas, cuya sede está en Alfa de Sirio. Somos ciudadanos de las estrellas y nos debemos al hombre que las gobierna, con más justicia y con más honestidad de lo que la gente le concede.

—Yo no he hablado mal del Emperador.

—Pero puede que estés pensando mal de él, solamente por el hecho de haber condenado a Yanilde de Ishawor. La princesa es joven y hermosa. Tenía algo que ningún otro ciudadano del Imperio posee: el proconsulado hereditario de su planeta. Y sublevó a su gente por un motivo fútil y sin consistencia. «No queremos pagar más impuestos a Otthar IX», dijeron los de Dzeta de Sirio.

—Bueno, es que, realmente, Otthar y su camarilla se quedan solos pidiendo dinero.

—¿Pidiendo dinero? ¿Y lo que dan a cambio? ¿Te has parado a pensarlo, un momento, Dawson?

—Hombre, mirándolo así…

—Pues así hay que verlo, ciudadano. Además, tú interviniste con un papel muy principal en su captura. ¿Por qué te quejas ahora de que se la sentencie a un destierro perpetuo? Yanilde irá a la Tierra y podrá vivir en la comarca que más le agrade. No se le pondrán cortapisas a sus movimientos y actividades, excepto, naturalmente, para salir del planeta o ejercer acciones contrarias al régimen. Seguramente, Otthar le concederá una buena pensión; ella es princesa de sangre real y querrá que viva con arreglo a su rango. Pero, lógicamente, ha de desposeerla de su proconsulado. En un Estado estelar como el nuestro, no pueden tolerarse rebeldes; lo contrario sería atomizar el Imperio y tú sabes muy bien que si hasta ahora los Estados estelares vecinos no nos han acometido, es porque saben que vivimos en un edificio de solidez granítica. ¡Ay del día en que sólo una piedra de ese edificio, sea removida! Se hundirá sin remedio y todos nosotros…

—El panorama que pintas no es muy alentador, ilustre Shanbarra.

—Trato de ser real. ¿Has estudiado la historia de nuestro planeta? ¿Qué éramos antes de la llegada de los sirianos? Un conjunto de hombres dedicados a matarnos unos a otros. Los antecesores de Otthar acabaron con todas nuestras rivalidades que hoy, vistas a distancia, parecen fútiles y sin sentido.

»¿Qué hubiera sucedido de no haber aparecido los sirianos?

Dentro de ciento cincuenta años, la población terrestre hubiera crecido tanto que cada persona hubiera tenido para sí, en el año 2650, sólo un metro cuadrado de terreno, lo mismo polar que tropical.

»Pero llegaron los antecesores de Otthar y descongestionaron la ya repleta Tierra, enviando al sobrante de su población a otros planetas menos poblados. Y en buenas condiciones, con empleos asegurados y comida garantizada; no a roturar tierras y a luchar colonizando, sino a sitios donde, prácticamente, no tenían que hacer otra cosa que ir a trabajar al sitio que se les había asignado según sus aptitudes. Y ahora, ¿tratas de defender a una rebelde que amenazaba con destruir la belleza de un Imperio sólidamente constituido?

—Visto desde ese ángulo, desde luego, no.

Shanbarra se levantó y puso la mano sobre el hombro del joven.

—Tienes que recordarlo con frecuencia. Has nacido en la Tierra, pero, para el caso, es lo mismo que si hubieras nacido en Alfa de Sirio. No eres un terrestre, sino un ciudadano de las estrellas, del Imperio, en suma; y esto obliga a mucho.

—Por supuesto, si me ordenas llevar a Yanilde a la Tierra, la llevaré, ilustre.

—De eso no me cabe la menor duda, Dawson. Por eso te elegí a ti. Sé que la llevarás. Primero porque sabes cumplir con tu obligación por encima de todo. Y segundo…

Shanbarra hizo una pausa.

—Y segundo —repitió—, porque si ella muere, sea cual fuere la causa, tú debes morir también.

CAPÍTULO II



ólo una persona hubiera podido llegar a la imponente Fortaleza de Makerub por vía aérea: el propio Emperador; y como era obvio que Otthar IX no viajaba en el mismo vehículo que Vannevar, éste, forzosamente, tenía que encaminarse a ella por vía terrestre.

Mientras rodaba por la magnetopista, acercándose a la fortaleza, Vannevar contemplaba su impresionante aspecto, tratando de distraer su mente de los múltiples pensamientos que acudían a ella, todos en relación con la prisionera a quien iba a conducir al destierro.

Era una misión que no le agradaba en modo alguno.

Hubiera dado cualquier cosa por no hacerla…; pero en el Servicio de Inteligencia no cabían defecciones. Sólo se podía abandonar de una forma, y Vannevar apreciaba demasiado a su pellejo para morir voluntariamente tan joven.

Maquinalmente se pasó los dedos por la mejilla. Aún parecía

sentir en ella el salivazo que Yanilde le arrojara al rostro cuando se enteró que el hombre en quien había depositado su confianza era nada menos que un agente de Otthar. Le hubiera mandado matar, de no haber sido porque en aquellos momentos ya no le quedaba nadie a quien dar la menor orden.

Y ahora, para colmo, le enviaban a acompañarla.

Sonrió amargamente. El Emperador, naturalmente, estaba enterado de toda la historia —nadie sino Otthar era tan espléndido con los hombres que le servían bien— y quizá por un exceso de humorismo había dispuesto que cumpliese aquella misión.

Tres meses de viaje, encerrado en una astronave junto con Yanilde. Naturalmente, no irían solos —lo de los billetes había sido una metáfora del procónsul—; el capitán Quask con doce aguerridos legionarios les servirían de escolta, a los cuales habría de unir el personal técnico de la cosmonave. Pero aquéllas trece semanas viajando por el espacio junto a la rebelde desterrada no se las quitaba nadie.

Una vez más pensó en Yanilde, viéndola ante sí como en aquellos días felices que pasaran en Dzeta. La cosa sería ahora muy distinta.

Apretó los labios, rezongando a media voz una ofensiva frase para su profesión. Podía hacerlo, pues estaba solo. Quask y sus hombres le seguían a prudente distancia en otro vehículo algo más grande que el suyo.

La mole de la fortaleza fue haciéndose más detallada a medida que la distancia iba disminuyendo. Era un gigantesco edificio de metal, mateado para evitar una violenta reverberación de los rayos solares, situado en la cúspide de una montaña aislada, que se elevaba a más de mil metros de altura sobre el nivel de la llanura circundante.

El edificio tenía forma pentagonal y salvo las aristas lógicas de su construcción, no tenía otro saliente ni detalle que pudiera permitir una debilidad estructural en su formidable conjunto en caso de ataque. Los ingenieros que lo habían proyectado y construido aseguraban que sólo destruyendo el planeta podía destruirse la fortaleza y, contemplándola de lejos, así parecía que debía ser.

No se veía ni una sola ventana en el exterior. Sus muros tenían

una altura de cien metros por una longitud de cerca de mil cada uno, lo cual daba casi cinco kilómetros de perímetro. Tampoco se veían armas ofensivas ni defensivas en el exterior, pero se sabía que las tenía; y de tal calibre y potencia que hubieran podido destruir cualquier flota cósmica atacante a una distancia de veinticinco millones de kilómetros. La gente hablaba mucho, pero se rumoreaba que en el puesto de mando del comandante de la fortaleza había un botón rojo. Si la cosa se ponía muy apurada, el jefe de la guarnición debía apretar el botón: entonces, el planeta saltaría, impidiendo a cualquier supuesto enemigo apoderarse de tan codiciada presa.

Porque Makerub era una presa muy codiciada. Lo de menos eran los prisioneros políticos que allí se albergaban, tratados, eso sí, a cuerpo de rey. Lo que tenía verdadera importancia eran los tesoros que se guardaban, todos ellos pertenecientes a la Secretaría de Hacienda del Imperio y cuyo sólo cálculo era capaz de marear al hombre de más templados nervios.

Tal era el edificio hacia el que se dirigía el joven y a donde llegó pocos minutos después de haberlo avistado, luego de dar varias vueltas en torno a la montaña, ya que la magnetopista ascendía en espiral, dada la pronunciada inclinación de las pendientes de la misma.

Se detuvo ante una explanada bastante ancha, destinada al aparcamiento de vehículos. Desconectó el suyo del canal magnético, haciéndole rodar los últimos metros por medios propios y luego saltó al suelo.

Una vez salvados los largos y fatigosos trámites necesarios para el acceso, fue introducido a presencia del coronel Derdor, comandante de la 105 Legión, fuerza que guarnecía el edificio.

El joven le entregó los documentos de que era portador y en los cuales se veía estampada la firma y sello auténticos de Otthar.

Derdor los leyó atentamente y luego pulsó un timbre.

Un oficial ayudante penetró en el despacho. Derdor le entregó los documentos.

—Comprueba su autenticidad, capitán Saja.

—Sí, coronel.

Cuando el ayudante hubo salido, el jefe de la fortaleza miró sonriente al joven.

—Dispensarás que obre así, ciudadano Dawson, pero es mi

obligación.

—Me hubieras defraudado de no haberlo hecho, coronel.

—¿Una copa, mientras tanto?

—Gracias.

Derdor entregó la copa al joven, llena a medias de un líquido ambarino.

—Te deseo buen viaje, ciudadano Dawson.

—Gracias, coronel. Eres muy amable.

Derdor se echó a reír.

—¡Y cómo no! Tú no sabes bien el peso que se me quita de encima. He guardado prisioneros de importancia, pero ninguno como la princesa Yanilde.

Vannevar apretó los labios.

—Me lo supongo.

—Francamente —continuó el coronel, con el mismo tono intrascendente—, temí que el Emperador la mandase ejecutar. De vez en cuando, aquí, en Makerub, se cumplen sentencias de última pena; tenemos cámara de desintegración para ello. Pero no hubiera sido muy agradable hacerlo con una mujer tan joven y hermosa como Yanilde. ¿La conoces? —preguntó Derdor de súbito.

—Sí. Un poco —dijo Vannevar sin querer comprometerse a más.

En aquel momento entró el capitán Saja, aliviando al joven de un diálogo que ya empezaba a pesarle.

—Los documentos son auténticos, coronel —dijo el ayudante, devolviéndoselos a su jefe.

—Gracias, capitán. —Derdor miró a Vannevar—. Cuando quieras, ciudadano Dawson.

—Estoy a tu disposición.

Salieron. No se veía ni una sola ventana, pero la luz del exterior les llegaba tan perfectamente como si todos los muros del exterior hubieran sido de vidrio transparente. La ventilación y aireación del edificio estaban aseguradas por un colosal complejo de aparatos adecuados de un funcionamiento totalmente silencioso.

Unos minutos más tarde llegaban a una puerta, ante la cual se veían dos legionarios de guardia. Los soldados adoptaron la posición de saludo.

Derdor golpeó la puerta con los nudillos. Unos segundos más tarde, la puerta se abrió y una mujer, joven y agraciada, apareció en

ella.

Vannevar la conocía. Era Zala, la doncella particular de Yanilde, la única persona a quien se había autorizado para acompañar a la cautiva.

Zala parpadeó al verle. Luego sonrió apenas, con desdén claramente perceptible.

—Pregúntale a la ciudadana Yanilde si puede recibimos —dijo Derdor.

—Querrás decir Su Alteza…

—He querido decir lo que he dicho exactamente —cortó el coronel secamente—. Haz lo que te mando.

Zala se echó a un lado.

—Muy bien —dijo—, pasad. A fin de cuentas, no estamos en nuestra casa, sino en la vuestra.

Los dos hombres pasaron bajo el umbral. Al cruzar por el lado de la doncella, ésta escupió una sola palabra, destinada a los oídos del joven.

—¡Traidor!

Vannevar no se inmutó. Siguió caminando hasta una habitación vecina. Entonces el corazón se puso a latirle furiosamente.

Una mujer se encontraba allí, reclinada indolentemente en un sillón, leyendo un libro. Al verlos entrar se incorporó.

Yanilde y él se miraron frente a frente. Una vez más, Vannevar admiró la pureza de líneas del cuerpo de la joven, la rutilante catarata de sus dorados cabellos, que se le desparramaban por los redondos hombros, el intenso rojo de sus labios y, sobre todo, la singular coloración de sus pupilas, de un tono como jamás había visto y que parecían hechas de oro puro.

Hubo un par de segundos de silencio. Después, el coronel se adelantó y dio lectura a la sentencia.

Mientras la voz de Derdor se expandía monótonamente por la estancia, los ojos de Yanilde seguían fijos en el rostro del joven. Vannevar llegó a sentirse incómodo.

Ni un solo músculo del rostro de la prisionera se movió en tanto le era leída la sentencia. Permaneció impasible, como hecha en mármol, y sólo una leve agitación de su esbelto seno delató la agitación que reinaba en su ánimo.

Al terminar la lectura, ella dijo:

—¿Puedo hacerte una petición, coronel?

—En todo lo que se permita, estoy a tus órdenes, prin… ciudadana Yanilde.

—Entonces, lo que te voy a pedir es muy sencilla Envía un mensaje a Otthar y dile que me condene a muerte. Lo prefiero al destierro.

—Eso que me pides es imposible, ciudadana. Debes marchar a Gamma de Sol inexcusablemente… y en el improrrogable plazo de una hora. Es todo el tiempo que se te concede.

Una desdeñosa sonrisa brilló en los labios de la muchacha.

—¡Una hora! Sobran cincuenta minutos, coronel.

—A tu gusto, ciudadana. Si lo deseas, puedes llevar contigo a tu doncella. El Emperador permite que una persona de tu agrado pueda acompañarte al destierro.

—¡Cuánta generosidad! —se burló Yanilde—. Zala, ¿has oído?

—Sí, señora. Te prepararé el equipaje al momento.

Luego, ella preguntó:

—No comprendo una cosa, coronel. ¿Por qué se encuentra «éste» hombre aquí? ¿Para qué le has traído?

Entonces llegó lo que Vannevar había temido desde hacía tanto tiempo.

—Ciudadana —repuso Derdor—, el agente Dawson es el encargado de hacer que se cumpla la orden del Gran Senado. Té acompañará a la Tierra hasta dejarte en ella sana y salva.

El color huyó totalmente de las hermosas facciones de Yanilde.

—Añaden el insulto a la humillación. ¿No podían haber enviado a otro agente?

Derdor parpadeó. ¿Qué podía importarle a la desterrada; que fuera Vannevar u otro cualquiera?

Parte del misterio se le desveló cuando la muchacha se acercó a Vannevar hasta quedar a menos de medio metro de distancia. El joven sintió clavados en sus ojos la magnética mirada de las fosforescentes pupilas de Yanilde.

—Eres más traidor que Judas —dijo—. Aquél vendió a su Maestro con un beso, dinero aparte, claro está. Tú hiciste lo mismo, pero, además, me acompañas hasta el suplicio. Judas no llegó a subir al Calvario.

Vannevar no contestó. El corazón le ardía por dentro, pero supo

contener la tempestad que en él rugía y no demostrarla externamente.

—Está bien —rió ella—. Ven conmigo, si ello te place. Después de todo, ¿qué soy yo? Nada, menos que nada; una prisionera carente del menor derecho, una mujer que se sublevó contra su Emperador y a quien éste, misericordiosamente, le hace la gracia de la vida. Otthar es listo: no quiere mártires. Ven conmigo, Vannevar, y remata tu obra llevándome a Gamma de Sol. Tu obra: la de un traidor y la de un canalla cuyo nombre se maldecirá en Dzeta por generaciones hasta que el mundo se extinga.

* * *

El camino de los edificios administrativos del astropuerto hasta la nave estaba completamente despejado y guardado por una doble hilera de legionarios, hieráticamente plantados en el suelo, todos con las armas a punto, listos para disparar contra cualquiera que hiciera el menor signo hostil o sospechoso.

En medio de un impresionante silencio, las dos prisioneras, Vannevar y la escolta, cruzaron el camino hasta la nave.

Al pie de la escalerilla de acceso a la misma, estaba el emblema de la XXIV Legión: el águila de oro, con la tablilla entre sus garras en la cual se leían las cuatro iniciales que eran los distintivos del Imperio. S. P. Q. S. «Senatus Populus Que Sirianus». El Senado y el Pueblo de Sirio.

Cada vez que tenía que hacer el saludo a una de estas insignias, Vannevar reía interiormente. Habían sido conquistados por los sirianos, bárbaros civilizadísimos, los cuales, a su vez, habían tomado de la Tierra, emporio de una floreciente civilización intelectual, muchas de las cosas artísticas de la misma, así como otras ya no tan artísticas, pero de innegable relación con aquéllas. Así los planetas, en lugar de estar numerados eran designados por las letras del alfabeto griego y así, bajo las águilas se podía ver la misma divisa, que ostentara antes la orgullosa Roma. Solamente cambiando la palabra romano por siriano. La cosa había sido bien sencilla y el Emperador podía alardear de intelectual y hombre de espíritu cultivado.

El capitán Acunha, comandante de la nave, salió a recibirles en

persona. Era un individuo rechoncho, sanguíneo, efusivo, que estrechó calurosamente la mano de Vannevar.

—¡Caramba, amigo Dawson! Cuánto tiempo sin vernos, ¿eh? Y ahora parece que tenemos que hacer un viajecito juntos a la vieja Tierra. Bueno, vieja… Yo creo que cada día está más joven. Allí se vive, sí, señor; y allí, amigo, el vino es natural. De uva, no sintetizado. ¡Qué ganas tengo de meterme entre pecho y espaldas una buena botella de Madeira…!

Se interrumpió de repente, mirando con fijeza a la prisionera.

—De modo que ésta es la Muy Importante Persona a quien tenemos que llevar, ¿eh? Saludos, princesa. ¿Cómo estás?

—Bien —dijo ella secamente—. Pero aún estaré mejor cuando me hayas enseñado mi cámara, capitán. Y ya no soy princesa, sino ciudadana.

Acunha miró de soslayo al joven. «Nos vamos a divertir durante el viaje», pareció decirle con un guiño apenas perceptible.

—Al momento, ciudadana. ¿Quieres seguirme?

Acunha se alejó por un corredor central, llamando a voces a su segundo.

—¡Teniente Payton! ¡Teniente Payton! —Y cuando éste hubo aparecido, le increpó—: ¿Dónde te habías metido, hombre de Dios? Acomoda al ciudadano Dawson y a su séquito, pronto. Ten en cuenta que el ciudadano Dawson es enviado especial y personal del propio Emperador y trátale en consecuencia. Ah, ¿tienes un cigarrillo a mano? No sé qué he hecho con los míos…

El joven sonrió. El capitán Acunha era siempre el mismo. Descuidado, indisciplinado, sin importarle nunca nada la opinión de las gentes, pero un astronauta de primera y pocos eran los que podían superarle en el mando de una cosmonave. Por tal motivo se le había elegido.

Mientras disponía su somero equipaje en la cámara que le había sido asignada, Vannevar admiró una vez más, como cada vez que viajaba por el espacio, la maravillosa ciencia de los sirianos. Ya estaban en órbita libre, acelerando a cada segundo que pasaba y ni siquiera se había notado la arrancada.

Cuando hubo concluido, pensó que debía hacer algo. Se pasó un peine por los revueltos cabellos y salió de la cámara.

Preguntó a un tripulante por la cámara de la prisionera. Unos

segundo más tarde, estaba ante la puerta.

Con la mano en alto, vaciló antes de llamar. Pensó en retirarse, pero, al fin, se decidió.

Como de costumbre, fue Zala la que abrió. La doncella le miró especulativamente y luego, sin una sola palabra, dio media vuelta.

Yanilde apareció ante él. La muchacha vestía una sencilla blusa sin mangas, muy ajustada a su espléndido busto, y una faldita corta, que le llegaba a unos centímetros de las rodillas; su calzado consistía en unas sandalias de medio tacón. Estaba encantadora, cosa que hubo de reconocer el joven por encima de todo.

—No trato de molestarte, Yanilde —dijo él—. Solamente he venido a verte para ofrecerme a ti y conseguirte lo que desees, en caso de que yo pueda acceder a ello.

—Hay dos cosas que deseo —repuso ella con tono glacial—. La una no está en tus manos. Suponte cuál es. La otra, sí. Es fácil y sencilla: Quítate de mí vista cuanto antes.

Cuando el joven se hubo repuesto de la sorpresa, ya se había cerrado la puerta.

Muy pensativo y cabizbajo, fue a ver al comandante de la nave.

Acunha le recibió efusivamente, como de costumbre, pero cortó su verborrea al ver el preocupado aspecto del joven.

—Capitán —dijo éste sin más preámbulos—, quiero que sepas una cosa. A partir de este momento —tengo órdenes que así lo disponen—, todos cuantos estáis aquí quedaréis bajo las mías. Excepto, naturalmente —agregó—, en lo que se refiere a la parte técnica del mando de la nave.

Acunha se quedó tan sorprendido que no supo qué replicar.

CAPÍTULO III


l cabo de una semana, Vannevar estaba contemplando las estrellas a través de uno de los amplios miradores de la nave, cuando Zala se le acercó con un papel en la mano.

—¿Puedo hablarte, ciudadano Dawson?

—Estoy a tu disposición, Zala.

—Zala. Habla; si puedo, trataré de complacerte.

—Mi señora —dijo ella recalcando la palabra—, desea enviar un mensaje. Se trata de una amiga suya que espera un niño y quiere conocer la noticia cuando… cuando la cigüeña haya depositado su carga. ¿Puede enviarlo? Naturalmente, espera que tú lo censures; así te convencerás de que no hay nada pecaminoso en ello.

—Dámelo —dijo él—. Lo enviaremos por la red subespacial en seguida.

—Gracias, ciudadano Dawson —contestó la doncella, y se retiró.

Cuando se hubo quedado solo, Vannevar leyó el mensaje. No

tenía nada de particular, excepto una cosa: indicaba que la respuesta había de dirigirse a la nave
S. P. Q. Q. S. S.
417 RS 002.

—Precisamente la nuestra —mascullό entre dientes.

Se inclinó hacia adelante y oprimió un botón.

—Que venga el capitán Quask —dijo.

Quask no tardó mucho en aparecer.

—Te saludo, ciudada…

—Déjate de monsergas —gruñó el joven—. Me llamo Vannevar, Van para los amigos. Toma y lee y dame tu opinión.

Gracias, Van —contestó el militar. Leyó el documento y luego le miró—: No parece que tenga importancia alguna, salvo, naturalmente, el lugar a donde se ha de dirigir la respuesta.

—
S. P. Q. S.
indica que es una cosmonave de servicio oficial. No me han prevenido acerca de ello —dijo Vannevar mirando hacia arriba—, pero, claro está que se supone que obre en determinados casos según mi criterio. ¿Qué harías tú en el presente?

Quask se rascó la cabeza.

—Me pones en un aprieto ciud… digo, Van. Yanilde era, más que el procónsul de Otthar en su planeta, la reina absoluta. Y lo curioso del caso es que todos sus súbditos la adoraban. Naturalmente, después de la rebelión, sus naves están intervenidas. No paralizadas en los cosmopuertos, sino con comisarios imperiales a bordo. Pero ¿quién te dice que dos o tres o cincuenta capitanes de nave dzetanos no se ponen previamente de acuerdo y liquidan a la misma hora a sus interventores? El resto…

—Olvidas que las naves dzetanas van desarmadas, Quask.

—Cuando se quiere hacer una cosa y se pone verdadero empeño en ello se consigue, por muy difícil que sea.

—En eso tienes razón —murmuró el joven, abanicándose maquinalmente con el papel.

—Y esos condenados dzetanos son unos verdaderos fanáticos. No les importaría morir cincuenta con tal de que uno solo consiguiera salvar a su princesa.

—¿Y qué haría luego Yanilde? ¿Dónde podría esconderse?

¿Adónde iría, sabiendo que en el momento en que la encontrase cualquier ciudadano del Imperio podría matarla sin que nadie se lo reprochara?

Quask levantó los hombros.

—¡Ah! —expresó—. Eso ya no es cuenta mía. Pero ten presente un aforismo que nunca falla: el preso, siempre, siempre, quiere la libertad. Y tú me dirás qué es ella en estos momentos.

—Sí —musitó Vannevar, terriblemente indeciso.

De pronto se animó.

—Voy a sacudirme las pulgas de encima. Que se rompan otros la cabeza. Enviaré el mensaje al Centro de Transmisiones y que sea el Censor Imperial el que resuelva la papeleta.

—Muy bien pensado, Van. Si no es ésa tu obligación, ¿por qué te has de comprometer?

* * *

Salvo las dos mujeres que, invariablemente, lo hacían en su cámara, todos los miembros de la tripulación y sus pasajeros comían en el amplio comedor de la nave. Hacía días que Vannevar se había fijado en un legionario y en aquellos momentos trataba de estudiarlo disimuladamente, en tanto comía.

El legionario era alto, membrudo, de unos cuarenta años, de rostro un tanto mofletudo, pero de rasgos enérgicos, no obstante. Iba cuidadosamente rasurado y en todos sus menores gestos se advertía una circunspección y una corrección que el joven no había podido apreciar en ninguno de sus compañeros, incluido el propio comandante de la escolta.

Pensó que sería el miembro de alguna familia noble venida a menos. Esto no tenía nada de particular; muchos lo hacían. Pero lo que al joven le preocupaba era que aquel rostro le parecía vagamente conocido.

Sin embargo, se decía que en los quince años largos que llevaba en el oficio había visto muchas caras y que no tenía nada de particular que creyera ver a alguien conocido cuando, en realidad, no lo era. Diciéndose que era tonto seguir con tales preocupaciones, se encogió de hombros y siguió comiendo.

Aquella noche, una semana después de haber transmitido el

mensaje de Yanilde, se despertó bruscamente.

Consultó la esfera luminosa de su reloj de pulsera. Las dos y media de la madrugada. Todavía tenía casi cinco horas antes de levantarse. Dio media vuelta y trató de continuar durmiendo pero, inexplicablemente, se sintió desvelado.

Fumó un par de cigarrillos, en tanto procuraba conciliar el sueño nuevamente, pero al cabo resolvió que ya no podría dormir. Ligeramente irresoluto, se puso en pie.

En el lavabo del baño adyacente se salpicó los ojos con un poco de agua. Se pasó el peine y luego se dirigió al comedor en busca de una taza de café.

Tomó un vaso y se fue hacia la máquina automática, poniéndola en funcionamiento. Sorbió el líquido lentamente, paladeándolo, después de lo cual, con un cigarrillo en la boca, salió de la estancia.

A lo lejos se percibía el minúsculo y monorrítmico sonido de las máquinas del navío espacial, arrastrándolo por el éter a velocidades inconmensurables. Estaban aún en zona demasiado «poblada» y era preciso encontrar otra más despejada, desde la cual se pudiera hacer la transición subespacial que les haría recorrer distancias de años luz en contados segundos. Pero mientras tanto, tenían que navegar de un modo corriente.

Casi sin darse cuenta, salió al mirador por la puerta opuesta. Prendió fuego al cigarrillo y al mirar por encima de la llama, divisó una silueta humana en pie junto al enorme vidrio.

Sacudió la cerilla para apagarla. Caminó unos pasos para cambiar algunas palabras con la persona que estaba allí y entonces fue cuando se dio cuenta de qué era la propia Yanilde.

Se detuvo, como clavado en seco en el suelo, lamentando su estupidez, aunque, disculpándose en el fondo, ya que la plataforma estaba completamente a obscuras y los objetos no podían distinguirse apenas.

Ella se volvió y Vannevar pudo admirar una vez más el brillo de aquellas pupilas que destellaban en la obscuridad, como si fuesen las de un felino.

—Dispénsame —dijo—. No sabía que estabas aquí. De lo contrario, no hubiera venido a molestarte.

—¿Por qué has de excusarte? —contestó ella, con la voz que Vannevar conocía tan bien—. Eres libre de ir por cualquier parte de

la nave y no seré yo quien te lo impida.

—Gracias —repuso el joven, viéndola volverse nuevamente hacia el mirador.

Se puso a corta distancia de ella, mirándola furtivamente. Pasó un buen rato.

De pronto, Yanilde le dirigió la palabra.

—Me olvidé los cigarrillos en mi cámara. ¿Quieres darme uno?

—Con mucho gusto —y mientras ella lo encendía, los dos se miraron por encima de la llama del fósforo.

Yanilde expulsó el humo, volviendo la vista hacia el infinito, allí donde brillaban las estrellas. Vannevar dio dos o tres nerviosas chupadas a su pitillo, hasta que la comezón de hablar pudo más que él.

—Querría hablar contigo unos momentos, Yanilde —dijo.

—Y yo no quiero escucharte, Van.

—De todas formas…

Ella se volvió.

—Si no accedo, estarás dándome la lata hasta que consigas aburrirme. ¿De qué se trata?

—De mí… y de ti, Yanilde.

—Será de ti —repuso ella hoscamente—. En lo que a mí se refiere, poco o nada más hay que hablar ya. Todo está dicho.

—Te equivocas. Aún tenemos muchas cosas que decirnos, Yanilde.

—¿Por ejemplo?

—Quisiera que comprendieras cuál es mi posición. Yo no hice lo que hice por gusto, sino porque me lo ordenaron. Soy un…

—Lo sé —le cortó ella con sequedad—. Ya sé quién eres. Un hombre en quien confié y que me vendió miserablemente por unos cuantos «garants» mensuales. ¿Qué más?

—Estás equivocada, Yanilde. Si no lo hubiera hecho yo, otro habría sido en mi lugar.

—¡Ojalá hubiera sido ese otro el que me vendió! Seguramente no habría empleado un medio tan abyecto para derrotarme. ¿No podías haberlo hecho de una manera distinta?

—¿Y cómo hubiera conseguido, si no, ganarme tu confianza? —exclamó él, exasperado. Lanzó el cigarrillo al suelo y lo pateó nerviosamente—. Te vendí, es cierto; pero lo demás no fue fingido.

Yo te…

—¡Calla! No pronuncies esas palabras. En tu boca suenan a blasfemia. Ganaste mi amor y mi confianza, Vannevar Dawson, y luego me traicionaste de la manera más repugnante que la mente humana es capaz de concebir.

Le miró con ojos fulgurantes.

—Hubieras sido mi esposo, sí, Vannevar, a pesar de todas las diferencias. No me gusta alardear de mi ascendencia, pero harto sabes que hasta que Dzeta fue conquistado por los antecesores de Otthar, mi familia había gobernado el planeta. Y yo lo estaba haciendo, porque ese derecho nos había sido reconocido a los de la familia Ishawor, Tú hubieras sido mi esposo, aun no teniendo sangre real. ¡Qué importaba eso, si yo te amaba! Y mi pueblo te habría querido tanto como a mí, porque… porque…

La joven se interrumpió. Jadeaba y los ojos le brillaban a causa de las lágrimas.

Vannevar no pudo contenerse más. Disparó las manos y asió a la muchacha por los hombros.

—Y me sigues queriendo todavía —gritó, sacudiéndola fuertemente—. Niégalo. Atrévete a decirme que no. Miente, si te sientes capaz.

—¿Y qué, aunque ello fuera cierto? ¿De qué podría servimos nuestro amor? ¿Crees que podríamos ser felices, cuando entre los dos se alza como una barrera infranqueable, la sombra de tu inicua traición?

—Pero ¿es que no lo comprendes? Tu rebelión no podía ser, no podía triunfar. Estabais destinados desde el primer momento a la derrota y así sucedió. ¿Por qué arrastraste a tu pueblo a tamaña locura?

—Porque queremos ser libres e independientes. Pero ahora no estamos hablando de los dzetanos en general, sino de mí misma.

—Las dos cosas tienen estrecha relación. Si no te hubiera traicionado, si no hubiera conseguido eliminar físicamente al jefe de la rebelión, ¿qué te figuras que hubiera sucedido? Dices que quieres a tu pueblo. ¡Mientes! Crees que lo quieres, que es una cosa muy distinta.

—¡Cómo! Supones que yo…

—No supongo, lo afirmo. Una mujer con dos dedos de frente, no

se habría embarcado en una aventura semejante. Acusas a Otthar de crueldad y dureza. Si fuese así, hubiese borrado vuestro planeta de la faz del firmamento —ya sabes que posee armas capaces de ello—. Y un gobernante que arrastra a su pueblo a la total destrucción, miente y falsea la verdad cuando dice que lo quiere.

—Los dzetanos queremos antes la muerte que la esclavitud.

Vannevar echó la cabeza hacia atrás y rió estruendosamente.

—¡Bah! Palabras huecas y sin sentido. Pregúntale a un recién nacido si prefiere morir o vivir. Pregúntaselo a los niños, a los ancianos, a los jóvenes que se aman y que sólo viven para ellos. ¿Qué te hubieran respondido?

—Lo que te he dicho.

—No. Lo que te dijeron tus consejeros, que es muy diferente. Es posible que una gran parte de la opinión pública dzetana esté a tu favor; pero el resto, la masa, es neutra, apolítica, y sólo le interesa vivir en paz, con tranquilidad, cosa que ahora, pese a todo lo que se diga, están haciendo sin que nadie les moleste. Éstos también te quieren, te adoran, incluso; pero aman más a su pellejo. Por más que te desagrade, tienes que reconocer las cosas tal cual son en la realidad.

—Queda otro asunto en pie: la cuestión de los tributos…

—Ésa es la de menor importancia.

Los ojos de la muchacha se inflamaron.

—¡Pero hay otra que sí tiene mucha importancia, al menos para mí en particular! Puedo pasar por alto lo demás, pero lo que tú me hiciste, Vannevar Dawson…

—Ahora estás viva. ¿No vale más que…?

—Suéltame, por favor, ¿quieres?

Vannevar apretó los labios.

—Necesito que me des una contestación, Yanilde.

—Te la di hace tiempo, cuando los legionarios de Otthar me apresaron en mi propio palacio. No me obligues a repetirlo; tendrías que ensuciar el pañuelo.

—¿Es esa tu última palabra?

—Sí.

Un segundo miró el joven a Yanilde. Luego, de pronto, con incontenible impulso, la cogió entre sus brazos y, estrechándola fuertemente en ellos, la besó en los labios.

Permaneció así unos segundos, hasta que se dio cuenta de que los labios de ella no respondían al apasionado beso y que permanecían fríos como el hielo.

Entonces la soltó, avergonzado de su impulso.

—Dispénsame —dijo—. Perdí la cabeza y…

Ella sonrió fríamente.

—No me extraña. A cualquiera, en tu lugar le habría sucedido lo mismo. Dicen que soy tan bella…

Y sin concluir la frase, ladeó el cuerpo y se retiró, pasando junto al joven, que no se atrevía a mirarle a la cara.

Largo rato permaneció Vannevar allí, contemplando las estrellas con expresión carente de contenido anímico. Fumó varios cigarrillos más y al cabo, dio media vuelta para retirarse, conservando en las retinas la imagen de una estrella azulada que le hacía guiños irónicos.

No fue sino hasta pasados unos momentos, cuando ya se hallaba en el comedor, que se detuvo con una idea relampagueándole de modo cegador en la mente.

¡Las estrellas no parpadean en el vacío!, se dijo.

Tenía muy bien educada la mente y sabía retener en su memoria cosas vistas aun en un estado de semiinconsciencia, como le había sucedido momentos antes. Por ello recordó que los guiños de la estrella habían sido hechos con un cierto ritmo, en apariencia irregular, pero teniendo un contenido claramente definido.

Aquello no habían sido guiños, sino señales del viejo idioma telegráfico terrestre: el Morse; y las letras que por el momento recordaba eran unas cuantas. Y-a-n —i-1—…

¡¡Yanilde!!

La excitación cubrió su frente de sudor. No podía tratarse sino de una cosa: había alguien en el espacio tratando de liberar a la joven. Así se comprendía su presencia en el mirador a una hora tan intempestiva. Yanilde había estado esperando el mensaje transmitido en Morse por la nave amiga, pero éste se había producido demasiado tarde.

Se detuvo, tratando de pensar qué era lo que podía hacer. Amaba infinitamente a la muchacha, pero primero estaba su profesión y, además, lo que ella pretendía hacer era una locura. Una locura que la conduciría indefectiblemente a la peor de las

catástrofes.

Por un momento, se dijo que debía ir a verla. Pero luego, recapacitando, advirtió que aquél no era el mejor procedimiento para actuar. Ella lo negaría rotundamente y ¿en qué pruebas podía apoyarse para sostener sus afirmaciones?

Súbitamente, algo le sacó de su ensimismamiento.

Toda la nave estaba a obscuras. No había siquiera oficial de guardia, ya que viajaban por una espacio-línea bastante concurrida y no era de temer sorpresas desagradables. El aparato tenía conectado el piloto automático y esto bastaba para llevarlo a rumbo.

Una sombra cruzó por el corredor frontero. El hombre se deslizaba subrepticiamente, en dirección al puesto de pilotaje.

Por un instante pensó el joven en el legionario que tanto le había llamado la atención. Aquélla no era la forma de comportarse, puesto que él, al levantarse, había encendido las luces. Sin duda trataba de hacer algo reprobable. ¿Transmitir algún mensaje radial?

Sin dudarlo más, corrió velozmente, cruzando el comedor en dos zancadas. Salió al pasillo y en aquel momento le pareció que la nave era devastada por un incendio colosal.

Mientras caía al suelo, pensó vagamente en que la nave no podía nunca quemarse como si fuera un haz de paja, sino solamente consumirse en la voraz llamarada de una explosión. ¿Habían estallado los motores nucleares?

La inconsciencia le llegó antes de que hubiera podido hallar una respuesta para tan torturante pregunta.

CAPÍTULO IV



espertó, viendo sobre él un círculo de caras qué le contemplaban con expectante ansia. Alguien le acercó un vaso a los labios.

Bebió y el líquido, casi al instante, le infundió nuevos bríos, en tanto que hacía retroceder paulatinamente las ondas de dolor que le golpeaban la parte lesionada.

—¿Te encuentras bien, ciudadano Dawson? —preguntó el comandante de la nave.

—¿Qué te ha sucedido? —quiso saber Quask. Vannevar se incorporó a medias. Un rostro femenino apareció entre dos masculinos, haciendo muecas.

—¿Tiene la cabeza intacta? —preguntó Zala.

—Sí, eso parece —repuso alguien.

—¡Lástima! —contestó la doncella, torciendo el gesto—. Debieran habérsela arrancado de los hombros y echado luego al vertedero. Adiós; iré a decírselo a mi señora la princesa.

—Te encontramos tendido en medio del pasillo, completamente inconsciente, con un chichón en la nuca del tamaño de un huevo de paloma —dijo el comandante de la escolta.

Vannevar frunció el ceño, contando lo que le había sucedido, pero callándose astutamente las señales ópticas que había visto en el espacio.

Acunha meneó la cabeza.

—Es el mismo, no cabe duda.

—¿El… mismo?

—Sí, ciudadano Dawson. ¿No lo sabías?

—Los aparatos de astrogación estelar han sido totalmente destrozados. La maquinaria no, por supuesto —dijo gravemente el capitán Quask—, pero sí los mandos, con lo cual aquélla se convierte en poco menos que un montón de metal.

—Lo hizo el mismo individuo a quien tú golpeaste —exclamó el capitán Acunha, que parecía a punto de echarse a llorar—. Ya no podremos efectuar transmisiones subespaciales. Tendremos que navegar por métodos visuales y a la estima, pero la mayoría de los delicados instrumentos de astrogación que señalan los campos de dísruptura están convertidos en fino polvo de vidrio.

—El que los destrozó lo hizo a conciencia —dijo Quask—. La mayoría de ellos son de vidrio, como sabes muy bien, Van. Ahora sólo sirven para hacer papel rascador de las cajas de fósforos.

Vannevar sonrió, a pesar de que se daba perfectamente de la grave situación en que se encontraba. Se sentó en el borde de la litera y oprimió su cabeza con ambas manos.

—Que salgan, todos —dijo—. Acunha y Quask, quedaos conmigo.

El propio comandante de la nave cerró la puerta de la cámara, volviendo acto seguido junto al joven. Éste se puso en pie, dominando el leve mareo que sentía.

—Sin instrumentos no se pueden hacer transiciones hiperespaciales, ¿no es así?

Acunha asintió con gesto sombrío.

—¿Qué distancia hemos recorrido en estas dos semanas?

El comandante de la nave hizo un breve cálculo mental.

—Hay que tener en cuenta —repuso al cabo de unos momentos de reflexión— que nuestra aceleración ha sido progresiva y

constante desde el momento de la partida. Puedo, sin embargo, calcular como velocidad media la de tres millones de kilómetros a la hora. Lo cual hacen…

—Mil millones largos de kilómetros desde Lambda —dijo Quask, que parecía un hábil calculista mental.

—Por lo tanto, nos encontramos a mil doscientos y pico de la capital del Imperio —expresó el joven—. Bien. En estas condiciones, no podemos seguir adelante. Capitán Acunha, harás radiar un mensaje por vía oficial, con prioridad absoluta, comunicando lo sucedido. Antes de enviarlo, pásamelo para que lo censure y te lo cifre. Después viraremos en redondo. Sin instrumentos sería imposible y hasta estúpido seguir nuestro camino. ¡Quask!

—Te oigo, Van.

—Debemos proceder a un severo interrogatorio de todo el personal que viaja a bordo. El que me atacó lo hizo para tener las manos libres en tanto destrozaba los instrumentos. No le interesaba matarme —de haber querido hacerlo, tuvo todas las facilidades—, sino solamente inutilizarme para realizar su labor con toda comodidad.

—Así parece.

—«Tenemos» —recalcó el joven la palabra de modo significativo —, que hallar al individuo que me atacó antes de llegar a Alfa, pues pienso volver a la capital del Imperio y allí exponer personalmente el caso. No ha podido salir de la nave, esto es obvio; por lo tanto sigue a bordo. Y puede ser cualquiera de los que están aquí, incluyendo a las dos mujeres.

—¿Por qué iban a destruir ellas los instrumentos? —quiso saber Acunha.

Vannevar miró largamente al capitán.

—Poseo los suficientes indicios —no quiso decir, naturalmente, cuáles eran—, que me indican hay gente que trata de liberar a la prisionera. Y éste es solamente el primer paso. El segundo…

Cambió de tema.

—Capitán, interroga a tus hombres y dame luego cuenta de los resultados. Quask, tú harás —lo mismo, procurando ambos saber con toda exactitud donde se encontraba cada uno en el momento del atentado. Mientras tanto, la nave debe dar media vuelta y tomar el rumbo de la capital. Eso es todo.

Los dos hombres saludaron y salieron, sin ocurrírsele replicar tan siquiera. En aquellos momentos, Vannevar era la encarnación del poder y tenía facultades suficientes incluso para hacer ejecutar a un individuo a quien encontrase culpable de un delito de alta traición.

Fue hacia la ducha. El agua fría le tonificó notablemente, infundiéndole un apetito que llegó a parecería incongruente en aquellas circunstancias. Después de vestirse de limpio, se dio una rápida afeitada. Acto seguido, se trasladó al comedor.

Quince minutos más tarde llamaba a la puerta de la cámara donde se hallaban alojadas las dos mujeres.

Como de costumbre, fue Zala la que salió a recibirle, con la también acostumbrada mueca.

—¿Qué quieres, ciudadano Dawson?

—Anúnciame a tu señora. Quiero hablar con ella.

—Ella no lo desea. Cada vez que lo hace tiene que lavarse la boca —repuso la doncella ácidamente.

—Avísala o te volveré la cabeza del revés, de modo que podrás mirarte el final de la espalda sin necesidad de espejo —replicó el joven abruptamente—. Es un asunto oficial el que me trae aquí y, lo quiera o no, tendrá que escucharme.

Algo advirtió Zala, además del sofión, en el acento del joven, que la hizo retirarse al interior de la cámara sin replicar palabra.

Yanilde vino unos minutos más tarde, ajustándose el cinturón de la bata que cubría su esbelto cuerpo. Tenía el cabello suelto, cayéndole como una catarata de hilos de oro sobre los hombros.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —preguntó.

—Sólo unas cuantas respuestas a las preguntas que te haré. Por ejemplo, saber lo que hiciste anoche después de habernos separado.

—Estoy enterada de lo que sucede —contestó ella secamente—. Si piensas en mí como la autora de ambos hechos, te equivocas.

—¿Quién me garantiza que lo que dices es verdad?

—¿Y quién se encuentra en condiciones de contradecirme?

Por un instante, Vannevar no supo qué replicar a la contra pregunta, harto lógica por otra parte. Pero no en balde había recibido una educación adecuada a su profesión y no hubiera sido un buen agente secreto de no saber salir adelante.

—Quieres decir con ello que, en este caso, tu palabra vale tanto

como la mía, y que si dices que no saliste de tu cámara, después de habernos separado, nadie podrá contradecirte. Zala lo afirmará y tendremos que creerte, ¿no es así?

—¿Y de qué otro modo podría ser?

—Ciertamente. Ahora te voy a decir otra cosa. ¿Sabes que hay gente que trata de liberarte?

Ella abrió los ojos, muy sorprendida, al parecer. «¡Qué bien sabe simular!», pensó el joven.

—¡No! —exclamó Yanilde—. ¡Qué sorpresa tan agradable!

—Por el contrario. Muy desagradable. Para ti y para mí.

Una despectiva sonrisa curvó los labios de la joven, intensamente rojos aun sin necesidad de lápiz labial.

—¿De veras? Me lo supongo en lo que a ti respecta; te costaría un disgusto. Pero, para mí, ¿por qué había de ser desagradable?

—Es fácil saberlo. Si no puedo conseguir librarte de quienes tratan de quebrantar las órdenes del Gran Senado, tendré que matarte. Y yo no puedo vivir después, ¿comprendes?

Ella palideció unos instantes.

Luego sonrió.

—¡Es emocionantísimo! ¿De veras, te suicidarías por mí?

—Te equivocas —repuso él fríamente—. Lo haría porque tales son las órdenes que tengo. ¡Adiós!

Cuando Yanilde quiso hablar, ya el joven había cerrado la puerta, dejándola completamente estupefacta.

* * *

Los informes que le rindieron fueron totalmente negativos. Nadie sabía nada, nadie había visto nada y ninguno de los tripulantes y legionarios tenía la menor idea acerca de quién había podido ser el autor del hecho.

Más tarde, Vannevar llamó a Quask. Sabía que los oficiales de las legiones imperiales eran sometidos periódicamente a investigaciones acerca de su fidelidad y, por lo tanto, tenía plena confianza en él, dado que dichas investigaciones se hacían con aparatos e instrumentos que no dejaban el menor resquicio a la duda.

—¿Confías plenamente en tus hombres? —le preguntó, cuando

estuvieron a solas.

—Tanto, que si alguno de ellos me fallase, me tiraría al espacio sin escafandra.

—Muy bien. Mejor, pues, para todos. A partir de ahora, pondrás una guardia permanente en los miradores de la nave.

—¿Serviolas? —inquirió Quask, extrañado.

—Justamente. Anoche capté señales ópticas de una astronave que llamaba a Yanilde. Están aquí, en las inmediaciones, aguardando el momento oportuno para dar el golpe.

Quask lanzó un largo silbido.

—Esto se pone caliente —dijo—. Hasta ahora, yo siempre pensé en habladurías, pero veo que la cosa va en serio.

—La destrucción de los instrumentos de gobierno lo indica claramente —contestó el joven—. Haz lo que te digo y, además, da la orden de que vayan armados y que disparen contra todo aquel que intente hacer algo que pueda poner en peligro la nave.

—Puedes confiar en mí, Van. ¿Algo más?

El joven medito unos instantes. Movió la cabeza negativamente, pero rectificó casi de inmediato.

—Ah, sí. Hay un legionario con el cual quiero hablar —y le dio la descripción física, pues no sabía su nombre.

—Ya sé quién es. Se llama Aquiles.

—Gracias. Envíamelo en el acto, ¿quieres?

El legionario tardó un par de minutos en hacer acto de presencia en la cámara del joven.

—Te saludo, ciudadano Dawson —dijo.

El joven separó la vista del papel sobre el que estaba redactando su informe.

—Te llamas Aquiles —dijo—. ¿A qué viene ese nombre terrestre?

—Me lo pusieron en honor de mi abuelo. Había nacido en Gamma de Sol.

—Entiendo —murmuró el joven. Luego continuó—: ¿No nos hemos visto tú y yo antes de ahora?

—No, que yo recuerde, ciudadano.

—Tu cara, sin embargo, no me es desconocida.

—Es posible que me hayas visto en alguna ocasión.

—Yo no puedo decir lo mismo, al menos con plena conciencia

de recordarte.

—¿Cuánto tiempo llevas al servicio del Emperador?

—Doce años.

—¡Doce años! ¿Y en todo este tiempo no has conseguido un solo ascenso?

El legionario se encogió de hombros.

—¿Para qué? Mayores grados significan mayores responsabilidades.

—Pero también una paga superior.

—Tengo bastante con lo que cobro.

—Extraña conformidad, Aquiles.

—Me enseñaron a ser así desde un principio.

—Buenos educadores tuviste. Si careces de ambición y tienes todos tus problemas resueltos, serás un hombre feliz.

En efecto, creo serlo.

Vannevar decidió variar el curso de la conversación.

—Perteneces a la Vigesimocuarta Legión. ¿Siempre has estado en ella?

—No. Hubo un momento que formó parte de la 234.

—Está de guarnición en Beta de Sirio.

—Así es.

—¿Por qué cambiaste de unidad?

—Pedí hacerlo. El clima de Beta no me sentaba bien. Los médicos apoyaron mi solicitud.

—¿Qué hacías anoche a las cuatro de la madrugada? —preguntó de repente el joven.

—Dormía.

—¿Quién puede atestiguarlo?

Una leve sonrisa apareció en los labios del legionario.

—Si yo fuera el Secretario de Astronáutica, le daría grave disgusto al comandante de la nave, por no tener un oficial de guardia en el puesto de pilotaje.

—Aparte de que esto no contesta a mi pregunta, la nave marchaba por medios automáticos. ¿Qué necesidad había de cansar a un hombre?

—Los destrozos no se hubieran producido, ciudadano. En lo que a mí se refiere, los legionarios vivimos siempre alerta. Tenemos una cámara para los doce hombres de la escolta. De noche, siempre hay

uno que vela, por turno. Él podrá confirmar mis palabras.

—Celebro saberlo, Aquiles. Dime su nombre; lo comprobaré más tarde.

Aquiles se lo dijo. Entonces, Vannevar agitó la mano.

—Gracias por tus informes. Puedes retirarte, ciudadano Aquiles.

—Soy tu servidor, ciudadano Dawson.

Cuando se hubo quedado solo, el joven trató de concentrarse nuevamente en el informe que estaba redactando. Pero no pudo hacerlo.

Tenía demasiados pensamientos en la cabeza. Los instrumentos destrozados, Yanilde, la actitud del legionario, las señales de la misteriosa nave…

De pronto se le ocurrió una idea. Inclinándose hacia adelante, accionó el conmutador del intercomunicador.

—¿Capitán Acunha?

—Sí, ciudadano Dawson.

—¿Dónde te encuentras en estos instantes?

—En el puesto de mando, naturalmente.

—¿Funcionan los detectores?

—Gracias a Dios, sí, ciudadano.

—Dime si registran la presencia de alguna nave extraña en las inmediaciones de la nuestra.

Hubo una pausa de segundos.

—No, ciudadano. Sólo advertimos una que lleva un rumbo ligeramente divergente.

—Díctame el rumbo, capitán.

Vannevar tomó nota en el mismo papel que tenía al alcance de la mano. Luego dijo:

—Envíame una carta estelar de esta zona del espacio.

—Al momento.

Cuando se la hubieron traído, el joven estuvo examinando atentamente el mapa, deteniéndose muy especialmente en los planetas que tenían alrededor, el más cercano de los cuales se encontraba a unos cincuenta y tantos millones de kilómetros de distancia.

Había otro a unos ciento cuarenta en el cual fijó especialmente la atención. Según las indicaciones era perfectamente habitable y tenía una constitución tipo A, es decir, muy semejante a la del

planeta en que él había nacido.

Vannevar meditó. Aquel planeta no estaba colonizado, seguramente porque de momento no se había estimado necesario hacerlo. Un día lo sería, cuando el aumento de población obligase a ello. Pero, por el momento, si había habitantes, se hallaban aún en estado salvaje. Y además había otra circunstancia que le llamó especialmente la atención: se hallaba completamente apartado de las espaciolíneas usuales.

La pregunta surgió casi por sí sola. ¿Era en Khromos, que tal era el nombre del planeta, donde pensaba refugiarse la joven, una vez conseguida su liberación?

No pudo seguir adelante con sus pensamientos, porque en aquel momento se sintió proyectado hacia adelante con terrible fuerza, al mismo tiempo que una tremenda conmoción sacudía el navío.

CAPÍTULO V



hocó contra un mamparo y gracias a que puso el brazo delante no se aplastó la nariz contra el duro metal. Aun así, el golpe fue lo suficientemente fuerte como para atontarle de momento.

Su aturdimiento no fue tanto que no percibiera vagamente lo que sucedía a bordo. La nave volvió a estremecerse, ahora con más suavidad, y luego se quedó quieta.

Alguien lanzó un grito agudo que voló por todos los altavoces de a bordo.

—¡Nos atacan!

Sonó un ruido semejante a un trallazo. Vannevar reconoció al instante el clásico chasquido de una pistola energética.

Creyó soñar. ¿Era posible que los asaltantes estuviesen ya a bordo?

Nuevamente se oyó otro grito. El que los lanzaba debía de haber conectado todos los megáfonos de la nave.

—¡Han tendido un túnel de acceso! ¡Los tenemos ya a bor…!

La voz se quebró súbitamente, esfumándose en el latigazo de una descarga.

Vannevar no dudó más. Poniéndose en pie, se arrojó sobre su mesa, de uno de cuyos cajones extrajo una pesada pistola energética.

Oprimió un botón y al instante se encendió Una lucecita roja en la parte superior de la culata. El arma estaba lista para liberar un chorro de energía capaz de atomizar a una persona solamente en una milésima de segundo.

Se lanzó fuera de la cámara. Un hombre se enfrentó con él a pocos pasos de distancia.

Vannevar no lo conocía. No era un legionario ni tampoco un miembro de la dotación. Y por si fuera poco, el intruso lanzó un grito.

—¡Yanilde, Yanilde!

El joven apretó el gatillo. Una deslumbrante llamarada brotó de la esférica boca del arma, disolviendo al individuo en medio de una leve columnita de humo.

Se lanzó hacia adelante. Oyó ruido de lucha.

Pasó por uno de los miradores, cuyo vidrio estaba completamente, roto. Por allí habían penetrado los invasores, acoplando automáticamente el túnel de acceso, a fin de no vestir la pesada y embarazosa escafandra espacial. Cuatro hombres, en dos parejas, luchaban enconadamente a brazo partido.

El joven no se atrevió a disparar por temor a herir a uno de los legionarios. Otro yacía, en un ángulo del mirador, con el cuello torcido en un ángulo muy pronunciado.

Saltando hacia adelante, golpeó con el cañón del arma la cabeza del más cercano. El individuo se desplomó como un buey apuntillado.

Vannevar no perdió allí más tiempo.

—Ayuda a tu compañero —gritó, saliendo de la cámara.

En los pasillos, la lucha se hacía feroz, enconada. No se usaban ya las armas energéticas, por temor de herirse los propios compañeros, pero los asaltantes no parecían dispuestos a conceder gracia a sus enemigos.

Uno de ellos le vio súbitamente y le apuntó con el arma.

Vannevar se tiró al suelo, sintiendo pasar por encima el fogonazo largo y recto de la descarga. El intolerable calor de la misma parecía abrasarle los hombros.

No dio ocasión a su enemigo de rectificar la puntería. Le disparó al estómago y el hombre estalló en un poco despolvo gris.

Saltó por encima del cuerpo de un legionario de cuyo cuello, rajado de oreja a oreja, brotaba una verdadera catarata de sangre. «A pesar de su civilización, el hombre ha de recurrir, de vez en cuando, a armas tan viejas como él mismo», pensó mientras corría hacia la cámara de Yanilde.

Un legionario retrocedió, tambaleándose como un beodo. Se apoyó en el mamparo y luego se dejó resbalar lentamente al suelo, asiendo con ambas manos el mango del puñal que le sobresalía del pecho.

Frente a él, un hombre desconocido yacía de bruces con el cráneo completamente abierto. Lo evitó mediante un largo salto y pronto estuvo en el corredor de acceso a la cámara de la joven.

—¡Yanilde, Yanilde! —gritaban los asaltantes, media docena en conjunto, blandiendo esforzadamente las armas blancas de que disponían y poniendo en un serio aprieto a los cuatro legionarios que defendían la puerta, uno de los cuales, precisamente, era el llamado Aquiles.

Vannevar no lo dudó más. Antes que nada era la misión que debía cumplir y aun haciendo correr graves riesgos a sus propios hombres, debía eliminar a los asaltantes. Puso la pistola en descarga continua y apretó el gatillo.

Barrió con el cañón del arma el espacio frontero. A medida que el cegador rayo de luz tocaba un cuerpo humano, éste se disolvía instantáneamente. Los seis intrusos y dos legionarios desaparecieron en un santiamén.

Vannevar observó con cierto alivio que Aquiles había salido indemne. Se acercó a los dos sobrevivientes.

—¿Sigue ahí adentro? —preguntó ansiosamente.

—Sí —contestó Aquiles—. No les dejamos pasar.

—Siento haber tenido que disparar —se excusó—. Pero las órdenes que tenemos no admiten opción.

—Éste es uno de los riesgos que debemos correr en nuestra profesión —dijo Aquiles fríamente.

El rumor de lucha se atenuaba notablemente. Por un instante, Vannevar pensó en acudir a donde se peleaba, pero se lo pensó mejor. Había conseguido la primera parte de su objetivo y ahora su obligación era mantenerse al lado de la prisionera.

Se volvió hacia los legionarios.

—A partir de ahora no uséis las armas blancas. Disparad contra cualquiera que se acerque con fines sospechosos, sea quien sea, ¿estamos?

_Y abrió la puerta, colándose en la cámara sin pedir permiso.

Yanilde se puso en pie al verle entrar. Estaba pálida, pero no se veía en su rostro otro signo de temor.

—¿Qué vienes a hacer aquí? —exclamó, indignada—. Fuera, no te he llamado.

—Estaré hasta que me parezca oportuno —contestó él secamente.

Zala se le echó encima.

—¡Lárgate, esbirro! Mi ama no quiere verte.

Vannevar contempló un instante a la doncella, que seguía escupiéndole injurias al rostro, la peor de las cuales no era la de bastardo. Después, harto ya, levantó la mano izquierda y golpeó de revés el rostro de Zala.

La muchacha lanzó un gemido, siendo proyectada al otro lado de la cámara. Quedó semi arrodillada junto a una silla, gimiendo sordamente.

—¡Miserable! —exclamó Yanilde—. ¿Tan bajo has caído que ya necesitas golpear a las mujeres?

Vannevar la miró fijamente en tanto se acercaba a ella. Cuando estuvo lo suficientemente próximo, asió su brazo y la obligó a sentarse a la fuerza.

—Quédate ahí y no te muevas. Tus dzetanos han penetrado por sorpresa en la nave para liberarte. Obvio es decirte que no lo conseguirán.

—Me matarás antes.

—Exacto. Y yo te seguiré un segundo después. Ya ves, por tanto, el interés que tengo en conservar tu vida.

Ella apretó los labios y volvió la vista, sin contestarle. Entonces, Vannevar retrocedió unos pasos, situándose al lado de la puerta, con el arma firmemente apuntada hacia la joven.

Por el megáfono, que seguía conectado a la red general, oyó los trallazos de las descargas energéticas y los gritos de dolor de los heridos y moribundos que habían sufrido los efectos de las armas blancas.

Poco a poco, sin embargo, fueron cesando todos los ruidos, hasta hacerse un absoluto silencio en la cámara. Entonces fue cuando la voz de Aquiles penetró en el interior de la estancia.

—Parece que la pelea ha cesado, ciudadano Dawson —dijo el legionario, a través del micrófono que todas las cámaras tenían instalado en la parte exterior, junto a la puerta.

Vannevar la abrió precavidamente, asomando apenas la cabeza.

—Está bien. Id uno de vosotros a investigar y que me traiga inmediatamente un informe de lo ocurrido.

—A tus órdenes.

Vannevar cerró nuevamente y prendió fuego a un cigarrillo para entretener la espera.

Yanilde le dirigió impensadamente la palabra.

—No quieres arriesgar el pellejo haciendo tú mismo la investigación, ¿eh?

El joven la miró por encima del humo del tabaco.

—Estás decepcionada por el fracaso de la intentona, Yanilde. Lo siento por ti… aunque mejor debiera decir que me alegro. Gracias a ese mismo fracaso, puedes decir que estás viva todavía.

Ella se puso muy rígida en su asiento.

—Hubiera preferido morir —dijo con voz sorda.

—No digas insensateces —refunfuñó él—. No sé quién te ha imbuido esas estúpidas ideas, pero el que lo hizo, demostró tener menos sesos que un mosquito.

—Mejor será no discutir sobre un tema que me repugna. Lo único que deseo es que te quites de mi vista lo más pronto posible.

—Lo haré cuando me parezca oportuno, ni un segundo antes.

En aquel momento, y para alivio del joven, se oyó la voz de Aquiles.

—Todo está ya tranquilo, ciudadano. Puedes salir cuando lo desees.

Con las mismas precauciones que la vez anterior, Vannevar asomó la cabeza. Comprobó que, efectivamente, era Aquiles el que le había hablado y salió fuera.

—Quédate aquí —dijo al otro legionario—, y no dejes acercar a menos de seis metros a nadie que no venga acompañado por mí, en persona. Ni aun a tu propio capitán, ¿estamos?

—Quask ha muerto —dijo sombríamente Aquiles.

Vannevar lanzó una exclamación de sorpresa y enojo al mismo tiempo.

—Quask muerto —repitió.

Le dolió la muerte del oficial. Quask había demostrado ser, además de inteligente y capaz, fiel y devoto hasta el máximo, dando la vida en el cumplimiento de la misión que le había asignado.

Pero además, había otro problema que se le planteaba inmediatamente. Él podía morir. Esto no tenía nada de difícil, dada la actual coyuntura, en la cual se veía claramente que los dzetanos estaban dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de rescatar a su princesa.

Entonces, ¿quién seguiría adelante? Vannevar había pensado en Quask como su eventual sucesor y de repente se encontraba con que había muerto.

No había tiempo, sin embargo, para lamentaciones que no conducían a ninguna parte. Trató de evaluar por sí mismo la cuantía del desastre sufrido.

El rollizo Acunha le salió al paso, mesándose literalmente los pocos cabellos que le quedaban.

—Me han matado a mis dos oficiales y nueve miembros de la tripulación, entre ellos el experto en transmisiones. ¿Qué voy a hacer yo sólo con tres hombres que me quedan?

—Más que los hombres me interesan los daños sufridos en la nave —dijo fríamente el joven.

—¿Daños? ¡Oh, Cielos, habla de daños! Estamos en el espacio, ciudadano Dawson. Si fuéramos un barco, ya nos habríamos hundido.

Vannevar se inmutó.

—¿Tan grave está la situación?

El pintoresco Acunha sé cogió un dedo con la otra mano y empezó a enumerar desastres.

—Nos destrozaron los aparatos de astronavegación, como tú sabes muy bien. Ahora han quedado averiados los elementos de propulsión, aunque el reactor de emergencia funciona

satisfactoriamente. Naturalmente, si ahora vamos a una velocidad decente, es por pura inercia, no porque…

—Ahórrate explicaciones —dijo el joven—. ¿Qué más?

—No funciona ni un solo detector. Esos individuos lo hicieron a conciencia. Y en cuanto a la radio, bueno, ¡para qué hablar de ella! Como no lo hagamos a gritos, no podrán oírnos.

Vannevar frunció el ceño. La cosa era más grave de lo que parecía.

—¿Algo más? —preguntó, sobreponiéndose, no obstante.

—¿Te parece poco? Si no nos socorren, no sé de qué forma nos vamos a arreglar para aterrizar en Khromos.

En aquel momento acudió Aquiles.

—Incluyendo al capitán Quask, diez de los nuestros han perecido en el ataque —informó.

—De modo que ahora sólo quedáis tres.

—Exactamente, ciudadano.

—Gracias, Aquiles.

—Soy tu servidor —contestó sencillamente el legionario.

Vannevar se volvió hacia el capitán de la nave.

—Entonces, nos dirigimos a Khromos, Acunha.

Éste levantó sus manos al cielo.

—¿Y dónde podríamos ir? Es el planeta más cercano y en el cual tenemos cierta posibilidad de sobrevivir.

—Está la nave de los atacantes. ¿No sigue unida a la nuestra por el túnel de acceso?

Acunha tuvo un ataque de ira.

—Esos malditos la inutilizaron por completo. Si triunfaban, emplearían la nuestra. Pero si perdían, nosotros no podríamos utilizar la suya. ¡Una verdadera gracia! —comentó amargamente el lacrimoso capitán.

—Bien, basta ya de lamentaciones. Aquiles.

—Sí, ciudadano.

—Haz que sean arrojados al espacio los cadáveres que quedan a bordo de la nave. Luego, cuando hayas concluido, ven a verme a la cámara.

—A tus órdenes.

El legionario se retiró. Vannevar miró al capitán.

—¿Cuánto crees que tardaremos en llegar a Khromos?

—Con la nave en buen estado, dos días. Ahora quizá el doble, porque hay que tener en cuenta que la otra que aún llevamos pegada al costado nos hizo decelerar y, además, tendremos que aterrizar de mala manera. Lo más seguro es que tengamos que utilizar reactores individuales, porque no me quedará fuerza suficiente para hacerlo de manera normal.

Vannevar se frotó la mandíbula.

—Posiblemente encontraremos caza en Khromos. De no ser así, lo pasaríamos muy mal; pero, puesto que es un planeta tipo A, ha de haber forzosamente animales que sirvan para nuestro alimento.

—¿Y con qué los cazaremos? No tenemos otras armas que puñales o pistolas energéticas.

—Un rifle de combustión química nos iría magníficamente —murmuró el joven, pesaroso—. Quizá tengamos que construirnos arcos y flechas. ¿No tienes algún paracaídas a bordo?

Acunha parpadeó.

—¿Para qué lo quieres?

Vannevar explicó:

—Tendríamos que lanzar alimentos por si, momentáneamente, no encontramos caza comestible. Lo interesante es sobrevivir los primeros días; después las cosas se irán arreglando. Y…

—Si no tenemos paracaídas, podemos construirlos. Las literas tienen sábanas, y… Quedarán un poco rudimentarios, pero creo que llegarán a servir.

—Ingéniatelas para que tus hombres los construyan como sean. Con que reduzcan, la velocidad de caída a un tercio solamente, tendremos más que suficiente.

—Trataré de hacer cuanto pueda.

Al quedar solo, Vannevar meditó profundamente sobre les acontecimientos últimamente sucedidos.

Aparte del ataque, sus pensamientos se dirigían en primer lugar al hombre que le había atacado y destruido los mandos de rumbo. ¿Vivía aún? ¿Había perecido en el combate?

Fuera como fuera, tendría que estar continuamente sobre alerta, considerando siempre la posibilidad de que el saboteador viviese aún y tratase de hacerle alguna jugarreta. No podía permitirse el menor descuido que, a no dudarlo, le costaría indefectiblemente la vida, viviese o no su prisionera.

Después de comer fue a verla y le expuso sucintamente la grave situación en que se hallaban.

Ella le miró con desprecio.

—¿Es eso todo lo que has sabido hacer? —dijo.

—Lo siento. Si de mí hubiera dependido, me habría traído conmigo una fuerte escolta de astronaves; pero alguien que manda más que yo no lo juzgó necesario. Sus consecuencias las estamos pagando todos.

—¿Y qué haremos en Khromos?

—No puedo predecirlo, excepto que sobrevivir va a ser el primordial objetivo.

Una desdeñosa sonrisa curvó los labios de la muchacha.

—Seguramente haremos lo de todos los náufragos: atar una camisa al palo y encender una hoguera para que se vea el humo por el día y la llama por la noche.

Vannevar pasó por alto el irónico comentario de Yanilde.

—Debéis estar preparadas para lo peor. Hacerse ilusiones sería vano e inútil.

—Lo peor no es extraviarse en un planeta desconocido, sino ser desterrada de la tierra que le ha visto nacer a una.

—No fue mía la culpa de lo que sucedió —contestó el joven, retirándose.

Cuatro días más tarde, tocaban el suelo de Khromos.

CAPÍTULO VI



os náufragos del espacio se reunieron poco a poco, después de haber aterrizado sin novedad merced a sus reactores individuales.

Vannevar los agrupó en torno al lugar donde se habían amontonado los paquetes lanzados en paracaídas. Destaco a Aquiles para que vigilase discretamente a las mujeres y a los otros dos legionarios los situó a unos cincuenta metros de distancia, en sendas prominencias, de modo que pudieran avisarles con tiempo de cualquier peligro imprevisto.

A continuación hizo un cálculo de sus fuerzas.

Aparte de las dos mujeres, tenía con él tres legionarios, de cuya fidelidad podía estar casi absolutamente seguro. Los compañeros de Aquiles respondían a los nombres de Aghasian y Barlesh, y a juzgar por su aspecto eran hombres duchos y aguerridos.

Con el capitán Acunha se habían salvado tres miembros de la dotación: el ingeniero Markes y dos tripulantes llamados

O'Landon
y Forrest. Y a pesar de que pertenecían al servicio del Imperio, se mostraba bastante escéptico en cuanto a su posible fidelidad.

Comida en conserva tenían la suficiente para sobrevivir algunas semanas, en tanto no organizaban un medio de vida. Y respecto a las armas, sólo había las que él y los legionarios portaban, es decir, cuatro pistolas energéticas, de carga prácticamente ilimitada, porque era el sol el que les proporcionaba la energía necesaria para sus disparos.

Hechos todos los cálculos, Vannevar pasó a discutir la situación.

—Admitiré sugerencias —dijo, después de haber expuesto su opinión.

Y como al hablar mirara hacia Yanilde, ésta volvió el rostro desdeñosamente, indicando así que el problema le tenía sin cuidado.

Acunha señaló el panorama que les rodeaba.

—Aquí no podemos seguir —expresó—. Esto es un terreno yermo y desolado, sin apenas vegetación y, además, llano como la palma de la mano. En caso de un posible ataque de algún supuesto enemigo, no tendríamos defensa, ya fuese ese enemigo un humano o una fiera.

—Bien —contestó el joven—. Entonces, lo que procede es buscar un lugar donde acomodamos. Puesto que éste es un planeta tipo A, es de suponer, que tenga los mismos ciclos de luz y obscuridad que todos sus similares. Todavía faltan unas horas para que se ponga el sol que nos alumbra; por lo tanto, lo más prudente sería que emprendiéramos la marcha sin perder tiempo.

Antes de contestar, Vannevar estuvo examinando el paisaje con ayuda de unos pequeños pero potentes prismáticos que se había traído consigo a prevención. Al fin, tras atenta observación se detuvo en un punto.

Lo señaló con la mano.

—Creo que allí es donde debemos ir. Hay una corriente de agua y vegetación, además de unos accidentes rocosos en los cuales es muy probable encontremos alguna cueva en la que guarecemos. Son unos quince kilómetros que nos costarán como máximo cuatro horas; es decir, que llegaremos con tiempo sobrado para el anochecer.

—¡Cuatro horas! —resopló Acunha—. ¿Y para qué diablos queremos, los reactores?

—Para utilizarlos en un momento más apurado que éste —contestó el joven—. Su carga de combustible no es ilimitada y podrían hacernos falta en el momento más oportuno.

Acunha refunfuñó pero acabó por acceder.

—¿Y tenemos que llevarlos a las costillas?

—Naturalmente. Cada uno el suyo —replicó Vannevar, mirando intencionadamente hacia la desdeñosa Yanilde—. Y, además, su parte de víveres. Todos no, puesto que nos sería imposible. Haremos aquí una especie de «*stock*», del que dispondremos en el momento que nos haga falta.

Media hora más tarde emprendían la marcha. Caminaron en fila india, yendo él y Barlesh en cabeza. Les seguían las dos mujeres, después Acunha y sus tripulantes y cerraban la columna Aquiles y el otro legionario.

Durante largo rato caminaron por un terreno de una monotonía espantosa, prácticamente de tipo desértico, en el que una pobre vegetación se debatía penosamente para poder vivir. El suelo, estaba ligeramente ondulado, como si estuviera hecho de dunas arenosas, pero con más solidez y consistencia que éstas.

Poco a poco, el aspecto del paisaje empezó a cambiar. Las plantas fueron adquiriendo un color vivo mucho más intenso y se espesaron, al mismo tiempo que un cierto aroma a floresta les llegaba a la pituitaria.

Vannevar se extrañó de que en todo aquel trayecto no hubieran visto ningún animal, al menos de especie superior, ya que no tomó en consideración algunos insectos de inofensivo aspecto. Pensó que quizá los hallaría cuando se encontrasen en zona más abundante en vegetación.

Tres horas más tarde, levantó la mano y la columna hizo alto. Disimuladamente se dio cuenta de que Yanilde se dejaba caer en el suelo, completamente exhausta.

Vannevar ordenó:

—Hagamos un descanso de quince minutos. Ahora viene la etapa más dura.

Todos aprovecharon la sugerencia, pues realmente llevaban una fatigosa carga: los reactores individuales, más sus raciones de

comida, amén de alguna prenda de ropa con la que protegerse contra posibles inclemencias del tiempo que, afortunadamente, era moderado y benigno.

—Eso que se ve no es un río —dijo Acunha—, sino un lago.

—Para nosotros quizá sea una coyuntura más afortunada.

—¿Por qué?

—No he visto hasta ahora ninguna extensión de agua potable que no contenga peces en su interior.

Y los peces son alimento.

—¡Qué prosaico! —refunfuñó el capitán sin nave, provocando una suave sonrisa del joven.

Reemprendieron la marcha al término del plazo fijado. Menos de una hora más tarde llegaban al borde del lago.

La sábana líquida se extendía hasta casi fundirse el borde opuesto con el horizonte. Estaba completamente tranquila y parecía un espejo sin que apenas un soplo de viento alterara la tersura de su superficie.

La orilla moría en una suave playa de menudos guijarros de variados colores. Los había de todos los tonos del espectro y algunos de ellos tan transparentes como el vidrio. Vannevar se inclinó y, cogiendo uno, lo examinó al trasluz, guardándoselo luego con disimulo y procurando ocultar la preocupación que le había causado el hallazgo.

Zala cogió también algunos guijarros, los que le parecieron más hermosos, palmoteando como una chiquilla. Yanilde tomó uno, examinándolo igualmente con atención. Su mirada se cruzó significativamente con la del joven, pero ninguno de los dos cambió una sola palabra.

Acunha se le acercó.

—Convendría que buscásemos algún refugio para pasar la noche. Dentro de una hora ya no tendremos luz.

Vannevar asintió. Desenfundó los prismáticos y oteó el paisaje.

Un minuto después, volvía a guardarlos.

—En marcha —dijo—. He visto la entrada de una cueva que podrá servirnos.

Él mismo encabezó la comitiva, cuyo paso era ahora más ligero, por la proximidad de la noche.

Caminaron durante unos quinientos metros por la tranquila

orilla del lago, sombreada de grandes árboles de desconocidas especies. Después, casi de un modo brusco, se encontraron al pie de los acantilados que antes vislumbraran.

Los farallones se desplomaban a pico sobre el mismo lago, desde una altura media de unos cien metros y su roca estaba en absoluto desnuda de toda vegetación. Aquella orilla rocosa mediría otro medio kilómetro de largo, al cabo de lo cual iba perdiendo altura paulatinamente hasta convertirse de nuevo en playa. Su sección era semicircular, pero con gran amplitud de radio, lo que hacía que la curva que describía en torno a las aguas fuera casi inapreciable.

La entrada de la cueva era apenas visible desde el pie del acantilado, pero en cambio se advertía muy bien el medio que se empleaba para llegar a ella. Era una especie de camino o sendero, de un metro escaso de anchura, que iba ganando altitud con suave pendiente, hasta llegar al centro más o menos de la pared rocosa, que era donde se hallaba la cueva.

Sin la menor vacilación, Vannevar emprendió el camino, seguido de toda su comitiva. Bajo él, las aguas se teñían de rojo con los últimos rayos del sol muriente.

El camino era relativamente ancho y cómodo, y Vannevar advirtió en él claras señales de que había sido abierto por manos de seres inteligentes. Esto le hizo pensar que, en un pasado no muy lejano, Khromos había estado habitado, si aún no continuaba estándolo, por lo que, para precaver cualquier posible emergencia, aprestó la pistola para usarla de modo inmediato si la ocasión lo requería.

La cueva estaba a unos cuarenta o cincuenta metros sobre la superficie de las aguas y el camino terminaba allí, lo que quería decir que era el único medio de acceso a la misma, a menos que se empleasen cuerdas o escalas. A poca distancia, Vannevar apreció el diámetro de la entrada, considerándolo suficiente a primera vista.

Quiso ser precavido, sin embargo. A unos diez metros, levantó la mano.

—Quietos todos —dijo—. Voy a explorar primeramente.

Se despojó de toda su carga, dejándola apoyada junto al muro. Con la mano en la culata de la pistola, reanudó su camino, haciéndolo ahora con más precauciones.

Llegó a la boca de la cueva. Ésta tendría unos tres metros de

diámetro, pero su profundidad no podía calcularse debido a la obscuridad que reinaba en ella.

El joven quiso saberlo y, avanzando unos pasos, prendió fuego a un fósforo, devaneándolo en alto sobre su cabeza.

En el mismo momento oyó un raro sonido, algo así como un rugido o un gruñido de descontento, como sí hubiese turbado el descanso del propietario de la cueva.

Retrocedió un par de pasos, al mismo tiempo que desenfundaba la pistola. Pero no tuvo tiempo de utilizarla.

Una forma obscura saltó sobre él, derribándole por tierra. Vannevar percibió un fétido aliento que le provocó bascas en el estómago y luego sintió la presión de un pie en el rostro.

Notó que algo suave y peludo le acariciaba las mejillas. El hombre, animal o lo que fuese, se puso en pie, siempre sin cesar de gruñir y luego echó a correr en dirección a la salida de la cueva.

Vannevar se contorsionó sobre sí mismo, con rapidísimo movimiento, alcanzando a ver lo que le pareció la silueta de un hombre someramente vestido con pieles. Después oyó gritos de sorpresa y, por último, un alarido de horror, un grito infrahumano que le heló la sangre en las venas.

Poniéndose en pie, corrió velozmente hacia la salida, viendo a los miembros de la comitiva asomados al borde del acantilado. Aquiles tenía la pistola en la mano.

Miró también hacia abajo, viendo une serie de círculos concéntricos que indicaban sobradamente la suerte que había corrido aquel infeliz. Luego se encaró con Aquiles.

—¿Qué ha sucedido?

—Ese tipo salió de repente del interior de la cueva. Parecía muy asustado, pero, a pesar de todo, se me arrojó encima, intentando derribarme, seguramente para poder pasar. Me cogió tan de sorpresa que no pude ni dispararle; lo único que tuve tiempo de hacer fue soltarle un directo a la mandíbula. Perdió pie y…

Un agudo grito, esta vez procedente de la garganta de Yanilde, interrumpió el relato del legionario.

Vannevar miró hacia donde estaba la muchacha, a unos pasos de distancia, señalando el lago con mano temblorosa. Volvió la vista.

Las aguas burbujeaban de un modo singular, sin que pudiera adivinarse la causa que producía aquella agitación. Pero apenas

unos segundos más tarde, aquella espuma se tiñó de rojo.

Yanilde se volvió apoyando la frente en el muro, en tanto que su doncella trataba de consolarla.

Por su parte, Vannevar frunció el ceño.

—Esto quiere decir que hemos de tener cuidado. Ahí abajo existen animales feroces, sean peces o no. De todas formas —suspiró—, creo que nuestra posición nos protege. ¡Adentro todos!

Penetraron en la caverna, que tendría unos veinte metros de largo por tres de ancho en la parte de la entrada, aunque hacia su final se ensanchaba algo. El suelo estaba perfectamente seco y era de fina arena, viéndose indudables señales de que en ocasiones había sido habitada.

Descargaron los equipos cuando ya era casi de noche. Aquiles sacó de su equipo una pequeña lámpara eléctrica, de larga carga, y la colgó de un pequeño saliente del muro.

—Pasaremos aquí la noche —dijo el joven, situado en el centro—. De momento y en tanto no conozcamos mejor los alrededores, no nos conviene alejarnos mucho de aquí. Hemos comprobado dos cosas: primero, que hay seres más o menos humanos que habitan el planeta; y segundo, que en el lago existen fieras carnívoras, contra las cuales es preciso precaverse.

Hizo una corta pausa y continuó:

—De momento, cenaremos parte de los víveres en conserva de que disponemos. Mañana, unos exploraremos los alrededores de la cueva, en tanto que otros realizan un viaje al lugar donde hemos aterrizado para traer la mayor cantidad de víveres que se pueda. Con cada grupo irá por lo menos una pistola energética para prever posibles emergencias. Es obvio decir que las mujeres quedan relevadas, de todo trabajo, a menos que ellas lo soliciten específicamente.

Yanilde no dijo nada.

Zala exclamó irónicamente:

—Muy original, ciudadano Dawson. Ésta sí que va a ser una vida regalada, ¿verdad, mi ama?

Vannevar miró a la doncella, casi tan hermosa como Yanilde, y a quien el tinte bronceado de su tez daba un singular atractivo, haciendo resaltar más la blancura de sus dientes.

—Para ti —respondió lentamente—, he encontrado un trabajo.

—¿Sí? —preguntó Zala, desafiante.

—Fregar los cacharros —repuso el joven impertérrito, provocando un aluvión de risas entre los hombres.

Luego llamó al legionario.

—Aquiles, haz que Barlesh y Aghasian preparen, las latas que han de servirnos para la cena. Mientras tanto, uno de nosotros —y yo haré el primer turno—, permanecerá de vigilancia en la entrada de la cueva. Cuando esté todo listo, llévame algo de comida.

—A tus órdenes.

Vannevar sacó la pistola, comprobando que el arma estaba a punto, y luego se dirigió hacia la entrada.

Miró hacia su izquierda, diciéndose que al día siguiente deberían colocar un parapeto de piedras en el camino de acceso, con el fin de dificultar un posible asalto y luego, sentándose en el borde mismo del farallón, sacó un cigarrillo.

Cenó más tarde con buen apetito y contempló el maravilloso espectáculo de las cuatro lunas de Khromos, casi iguales en diámetro, saliendo paulatinamente una tras otra en una hilera perpendicular a la superficie del lago. Las sombras de la noche desaparecieron en buena parte y las aguas adquirieron una fantástica claridad al reflejarse en ellas las brillantes imágenes del cuarteto de satélites.

Estaba pensado, mas, a pesar de todo, no sentía mucho sueño. Su cabeza trabajaba activamente, pensando en todo cuanto les había sucedido. Se imaginó lo que ocurriría cuando en Alfa de Sirio se enterasen de que habían desaparecido. Seguramente pensarían era obra de los dzetanos, y el Emperador, que no podía tolerar se desacatasen sus órdenes, enviaría patrullas de rescate. Pero, mientras tanto…

Oyó pasos a su espalda y se volvió. Disimuló la sorpresa que le causaba ver a Yanilde despierta.

—¿Tienes inconveniente en que me siente aquí, Van?

Él tendió la mano en un ademán elocuente.

—Lo único que has de hacer es procurar no caer al lago. Tendría que saltar yo detrás de ti.

—Y el agua moja, ¿verdad? —dijo ella con ironía—. Dame un cigarrillo, por favor.

Fumaron en silencio. Al cabo de unos minutos, la muchacha

lanzó el cigarrillo casi consumido a las aguas. El chasquido de la brasa al apagarse llegó claramente a sus oídos.

—¿Qué piensas hacer, Van? —preguntó ella, al cabo.

—No puede decirse que haya mucho que hacer en estas condiciones. Ya oíste lo que dije antes y, por el momento, no se me ocurre nada más. Si tú tienes alguna idea, puedes exponerla; la escucharé con gusto, te lo prometo.

Algo pareció agitarse bajo ellos en la superficie de las aguas. Vannevar frunció el ceño, mirando, sin conseguir ver nada positivo.

—Por descontado —dijo Yanilde—, que la cueva es sólo una solución de emergencia. No podemos permanecer en ella eternamente.

—Ya he dicho que realizaremos exploraciones. Mientras tanto, es el mejor sitio que hubiéramos podido hallar para guarecernos.

Yanilde dijo:

—Khromos parece habitado. Y sus moradores hostiles.

—Me dio la sensación de que aquel individuo estaba asustado. Seguramente le sorprendí en pleno sueño y no supo hacer otra cosa que tratar de huir. No pude examinarlo con detenimiento. ¿Viste tú si llevaba algún arma?

—Creo que empuñaba algo, quizá un puñal de piedra o cosa por el estilo. No estoy muy segura, sin embargo, de lo que era.

—Quizá sean trogloditas que…

Vannevar se interrumpió.

—¿Qué sucede? —inquirió Yanilde.

El joven se puso en pie, obligándola a ella a hacer lo mismo.

—¡Pssst…! No hagas ruido —susurró a su oído—. Creo que vamos a tener jaleo.

La joven miró hacia abajo, viendo que las aguas se arremolinaban de una forma muy rara. Sin darse cuenta de lo que hacía, oprimió con mano nerviosa el brazo de Vannevar.

CAPÍTULO VII



sa luz era lo suficientemente clara como para poder prescindir de otra iluminación. El hervor de las aguas aumentó en mayor grado por la tarde.

Súbitamente, algo salió a la superficie, emitiendo una especie de chillido y bramido a un tiempo que puso hielo en la sangre de ambos jóvenes.

El grito se repitió, multiplicándose numerosas veces. A cincuenta metros bajo sus pies, Vannevar divisó unos puntitos fosforescentes de los cuales emanaban intensas oleadas de odio sentidas de un modo casi físico.

—Son las fieras que devoraron al troglodita —exclamó—. Retírate al interior de la cueva; parece que se preparan a atacarnos.

El ruido promovido por aquellos animales había despertado a los durmientes, los cuales acudieron en tropel a la boca de la cueva.

—¡Aquiles, Barlesh, Aghasian, aquí conmigo! ¡Preparad vuestras pistolas! Los demás, adentro todos y guardad silencio.

El tono de la voz del joven era demasiado perentorio para no ser obedecido. Cuando hubo quedado únicamente con los tres legionarios, colocó a éstos en fila al borde del acanteado y aguardó.

No tuvo que hacerlo mucho, sin embargo. Pronto pudo ver con toda claridad a los atacantes.

Eran éstos una especie de serpientes, de medio metro de grosor, por diez o doce de largo. Tenían dos ojos en su enorme cabeza, cuya boca, armada en cada mandíbula con una triple hilera de afiladísimos dientes, era capaz de partir en dos el cuerpo de un hombre, y en la parte del dorso poseían una especie de aleta caudal, casi tan larga como ella, formada por una serie de aguzadas espinas de más de un metro de alto, unidas entre sí por una especie de membrana transparente.

Pero lo más curioso, y terrible a un tiempo, del caso era que aquellas serpientes «reptaban» por el liso y vertical muro del farallón, sin importarles la posición de la roca. No lo hacían con tanta rapidez como en un terreno más favorable, pero, de todas formas, ganaban terreno a cada segundo que transcurría.

El joven se preguntó si no estaría soñando. ¿Qué diabólicos seres eran aquéllos para subir de tan singular manera?

No tardó mucho en averiguarlo.

La enorme cabezota de uno de aquellos monstruos apareció súbitamente, chillando de modo aterrador, rebasando en unos dos metros el borde del acantilado. En el vientre del feroz animal, Vannevar pudo distinguir una doble hilera de grandes ventosas, semejantes a las del tentáculo de un pulpo, que eran las que le servían para adherirse a superficies de difícil acceso.

Pero aquélla, visión duró, sin embargo, un segundo escaso. Al siguiente de haber aparecido, cuatro voraces descargas de energía pura se concentraron en la cabeza del animal, haciéndola desaparecer en medio de una pestilente nube de humo.

El resto del cuerpo se estremeció horriblemente y, súbitamente interrumpida la succión de las ventosas, cayó al lago, arrastrando consigo a dos o tres de sus congéneres.

Una horrible lucha se entabló de inmediato entre tan singulares fieras por devorar el cuerpo de su compañera, lo que dijo al joven que no tenían inconveniente en atacarse unas a otras si la ocasión les era propicia. Pero no pudo entretenerse más, pues otras

serpientes subían decididas a devorarles a ellos.

Tabletearon las pistolas energéticas sonoramente, desintegrando cabezas y cuerpos de los reptiles, los cuales, con su instinto animal, parecieron darse cuenta de que aquella presa no iba a ser tan fácil de tragar como parecía. Por unos instantes, el ataque pareció remitir, en tanto los supervivientes devoraban ferozmente los restos de sus compañeros.

Vannevar advirtió, estupefacto, la increíble constitución de los cuerpos de aquellos animales, que les permitían resistir, en parte, los terribles efectos de las descargas de sus armas. Cualquiera otro hubiera desaparecido instantáneamente, pero en aquéllos quedaba intacta la parte que no había sido alcanzada directamente por la descarga.

—Tenemos que estar alerta —dijo, jadeante—. Estas fieras volverán a atacarnos sin tardar mucho.

Sus palabras resultaron proféticas. La superficie del lago hirvió en una extensión de más de doscientos metros en torno a la base del acantilado y Vannevar advirtió, no sin espanto, un sinfín de cabezas de serpiente que se dirigían en espesa manada hacia ellos.

Las pistolas energéticas, pese a su terrorífica potencia, tenían un grave defecto: a cincuenta metros de distancia, los efectos de la descarga disminuían considerablemente y a cien, una persona podía considerarse completamente inmune. De lo contrario, hubieran barrido la superficie de las aguas con sus descargas, en lugar de esperar a pie firme el feroz ataque de las bestias.

Éstas se lanzaron a la carga en espesa manada, como si entendieran instintivamente que sólo un ataque masivo, despreciando las posibles pérdidas, les podía dar la victoria. Y una docena de cabezas apareció simultáneamente en el borde.

Las pistolas restallaron, fulminando a las bestias. Un par de ellas, atropellándose. Consiguieron ganar el sendero. Vannevar las desintegró con dos disparos bien dirigidos.

Los animales muertos fueron substituidos bien pronto por otro grupo ansioso de tomar su parte en la presa. Vannevar empezó a notar cierto calorcillo en la culata de su pistola, sometida a un trabajo intensísimo y se dijo que, de no conseguir pronto un triunfo, la suerte que les aguardaba no tendría nada de agradable.

Súbitamente sonó un grito horrible a su derecha. Volvió la vista

instintivamente.

Uno de los legionarios, Aghasian, había sido atrapado entre las dos mandíbulas de una de aquellas bestias. Toda la parte superior de su cuerpo Sabía desaparecido en el interior de aquella enorme bocaza y sus piernas pateaban frenéticamente.

Antes de que el joven pudiera hacer algo por evitarlo, el animal desprendió sus ventosas del muro y se dejó caer hacia atrás, chapoteando ruidosamente en el agua. Aquí se desarrolló una feroz lucha entre los monstruos, disputándose a dentellada, limpia los despojos del infeliz legionario.

De pronto, Vannevar sintió un fuerte golpe en el pecho y se vio derribado al suelo.

Comprendió la causa de su caída cuando advirtió a Aquiles ante él, descargando su pistola contra una serpiente que había estado a punto de atraparle entre sus dientes. La cabeza del animal se esfumó casi de inmediato.

—No conviene descuidarse en estos momentos, ciudadano —dijo el legionario, y con el disparo siguiente, desintegró otra cabeza.

Sin embargo, el número amenazaba con aplastarlos, pues las pistolas, por otra parte, se estaban recalentando ya peligrosamente. Y no era posible retirarse al interior de la cueva, porque hasta allí les seguirían los feroces animales.

En aquel momento, cuando más apurados se veían, la decoración cambió por completo.

Súbitamente, los terribles reptiles se retiraron, lanzándose al agua. Ésta hirvió, agitándose en enormes remolinos de blanca espuma.

—No lo puedo creer —exclamó el joven, sudando a chorros—. ¿Qué ha sucedido?

Aquiles tendió la mano, señalando un punto a unos trescientos metros de distancia.

—¡Mira, ciudadano!

Vannevar creyó estar soñando. En el transcurso de su aventurera existencia había visto animales de todas clases y todos los tamaños, con formas que superaban a cuanto pudiera imaginarse, pero aquello que veía, resultaba sencillamente, inimaginable.

No era tanto por su forma, como por su tamaño, algo con lo que jamás hubiera soñado, ya que su aspecto era el de cualquier ave

rapaz terrestre. Parecían águilas y quizá lo fueran, pero su tamaño rebasaba todas las medidas. En comparación con ellas, las serpientes parecían simples lombrices.

Eran dos las águilas, cuyas alas batían el aire ruidosamente al agitarse para volar. Resultaba casi imposible todo cálculo, pero Vannevar estimó su envergadura en más de cincuenta metros de punta a punta.

Las águilas descendieron planeando rapidísimamente sobre la superficie del lago, en tanto que las serpientes trataban de ganar para su protección, las profundidades del mismo. Dos de ellas, sin embargo, no anduvieron tan listas y fueron atrapadas por los enormes picos de las gigantescas aves.

Éstas remontaron el vuelo, llevándose consigo a sus presas, cuyos esfuerzos por liberarse resultaban inútiles. En pocos instantes desaparecieron de la vista del joven y de sus compañeros, con ruidoso batir de alas.

Las aguas recobraron nuevamente su normal aspecto.

—Ya no saldrán más —dijo Aquiles, refiriéndose a los reptiles acuáticos—. Esos pajarracos los han asustado.

Vannevar asintió. De repente, sintió que las piernas le flaqueaban y se dejó caer en el suelo, apoyándose de espaldas contra el muro.

—¿Te sientes mal, ciudadano? —inquirió Aquiles, solícitamente.

El joven denegó con la cabeza. Apenas si le quedaban fuerzas para hablar.

Advirtió vagamente que el resto de los náufragos se acercaba lentamente. Alguien prendió fuego a un cigarrillo y se lo puso en la boca.

—Gracias —contestó maquinalmente, antes de enterarse de que era la propia Yanilde la autora del gesto.

—¿En qué planeta hemos ido a caer? —exclamó la joven—. Serpientes de diez metros, águilas como montañas… ¿Estamos vivos o soñamos?

—La cena nos ha hecho daño a todos —rió un poco tontamente el capitán Acunha. Pero nadie le acompañó en su hilaridad.

Yanilde le habló.

—Debes tomar una resolución, Van. Es obvio que aquí no podemos proseguir. Los pájaros no pueden hacernos daño en tanto

sigamos dentro de la cueva, pero sí los reptiles.

—Total —comentó alguien—, que estamos entre la espada y la pared.

—Ciertamente —siguió la joven—. Hoy hemos tenido la suerte de ser salvados por las águilas. ¿Ocurrirá lo mismo mañana por la noche, ya que esos reptiles parecen atacar únicamente de noche?

—No creo —contestó Vannevar, fumando pensativamente—, que por hoy vuelvan a repetir el asalto. De todas formas, mañana… —Tiró el cigarrillo—, apenas amanezca… saldremos de aquí…

Yanilde miró a Aquiles. Éste sonrió.

La cabeza del joven se había doblado sobre su pecho. Vannevar, rendido, se había dormido completamente.

—Está muy fatigado —dijo ella con voz tenue—. Dejémosle descansar.

—Sí, pero no aquí —murmuró el legionario.

Inclinándose, cogió al joven en brazos y lo llevó al interior de la cueva.

Vannevar despertó cuando alguien le tocó en el hombro. Se sentó sobresaltado, frotándose los ojos.

Aquiles le tendió una lata ya usada, llena de un líquido obscuro y caliente.

Vannevar lanzó un silbido.

—¡Diablos! ¿Quién ha encendido el fuego?

—Fui al bosque y corté un poco de leña —dijo Aquiles, señalando la hoguera que ardía en la entrada de la cueva—. Y teniendo agua, el resto, con un par de tabletas de concentrado de café, fue sencillo.

El café le reanimó notablemente. Unos bocados de carne en conserva acabaron de ponerle como nuevo.

Acunha vino hacia él.

—¿Cuándo emprendemos la marcha, ciudadano?

—Creo que no debemos perder más tiempo.

—¿A pie? —Se acercó Yanilde.

—Sí. Conviene que reservemos en lo posible el combustible de los reactores individuales. Naturalmente, los llevaremos puestos mientras caminamos. Es algo incómodo, pero en un momento dado podemos remontar el vuelo, sustrayéndonos así a cualquier peligro que pudiera presentársenos de repente.

Yanilde hizo una mueca de desagrado, pero se abstuvo de hacer ningún comentario. Se colocó su reactor individual, ayudada por Zala, a quien correspondió en la misma forma, y luego tomó su paquete de provisiones.

El joven se equipó asimismo. Unos minutos más tarde, la procesión, conservando el mismo orden que a la llegada, emprendía la marcha.

Descendieron por el mismo camino. Vannevar oteó la superficie del lago, sin encontrar el menor signo de vida. Indudablemente, aquellos reptiles eran de vida esencialmente nocturna.

Recorrieron unos cuantos metros por la playa guijarrosa, cuyas piedras multicolores hacía brillar el sol de manera refulgente. Escuchó variados comentarios sobre el asunto y vio que más de uno de los componentes de la expedición se inclinaba para recoger alguna piedra.

Pero no dijo nada. Realmente, no podía prohibir que lo hicieran; ello sería dar mayor pábulo al asunto y, por el contrario, lo que convenía era tenerlo callado.

Poco más adelante, se adentraron en el bosque, rodeando la parte posterior de los acantilados. El suelo era herboso y blando, cómodo para asentar en él el pie.

Caminaron durante horas, haciendo un alto a mediodía, sin que hubieran conseguido ver el menor rastro de hombres o animales. Tomaron un bocado y una hora más tarde reanudaron su camino.

A medida que progresaban, el terreno iba ganando altura, al mismo tiempo que los accidentes iban aumentando. El propio Vannevar, fijándose en la posición del sol, guiaba la expedición, dirigiéndose hacia el sur de Khromos donde estimaba que debería encontrarse con seres humanos con los cuales entablar relaciones.

Llegó la noche e hicieron alto en un calvero del bosque, cuyo espesor y fragosidad apenas si habían disminuido. Encendieron una gran fogata para alumbrar el campamento, cenaron someramente y, después de haber establecido un turno de guardias, se acostaron.

Vannevar se durmió pronto, pues tenía el último turno. Se sumergió en un sueño profundo del que no salió sino hasta media docena de horas más tarde.

Parpadeó, todavía tendido en el suelo, envuelto en la manta que había constituido su único lecho. Consultó su reloj, dándose cuenta

de que había transcurrido con exceso el tiempo que debía permanecer durmiendo.

En los primeros momentos, no supo a qué achacarlo. Por un instante pensó que el encargado de aquel turno de guardia debía haber sucumbido al sueño y, sin vacilar, echó la manta a un lado y se puso en pie.

Comprobó que la pistola salía perfectamente de su funda. Luego miró hacia la muriente hoguera, en la cual brillaban unas pocas brasas.

Caminó silenciosamente. Acunha y sus hombres dormían profundamente. Barlesh hada lo propio al lado de los astronautas. Y Yanilde estaba arrebujada en su manta a unos metros de distancia.

Siguió su camino, durante unos pasos, antes de darse cuenta de un detalle que le hizo volver sobre sus pasos.

Con el ceño cejijunto contempló la arrugada manta que yacía en el suelo, vacía de su contenido. Entonces fue cuando Yanilde abrió los ojos y le miró con sorpresa en su cara.

La joven siguió con la vista la dirección de la del joven y, como éste, se percató de la ausencia de su doncella. Abrió la boca, pero Vannevar se puso un dedo sobre los labios, recomendándole silencio.

Yanilde se incorporó, acercándosele, al mismo tiempo que le interrogaba con la mirada. Él se encogió de hombros significativamente.

La muchacha se le acercó. Vannevar sacó la pistola y echó a andar cautelosamente, seguido por Yanilde.

Llegaron al borde del calvero. Apenas lo habían hecho, oyeron rumor de voces.

Vannevar se escondió tras el grueso tronco de un árbol, obligándola a ella a hacer lo mismo. El diálogo continuaba, aunque discurría en voz tan baja que resultaba imposible entender lo que aquellas dos personas hablaban.

Por eliminación, Vannevar dedujo que no podían ser otros que Aquiles y Zala. Suspicaz por su profesión y la misión que llevaba a cabo, asomó la cabeza, al mismo tiempo que levantaba la mano armada, dispuesto a matar a los dos conspiradores si era preciso.

Pero apenas lo había hecho, cuando se quedó pasmado de asombro.

Una suave risita sonó tras él.

—¡Conspiradores, bah! —susurró Yanilde, como si le hubiera adivinado el pensamiento.

Vannevar la miró furiosamente. Aquiles y Zala no conspiraban.

Los dos estaban muy juntos, hablando tenuemente. En el momento en que el joven había asomado la cabeza, el legionario rodeaba el talle de la doncella con sus brazos y la besaba apasionadamente.

Se retiraren discretamente, dejando solos a la pareja. Pero Vannevar no quiso dejar sin vuelta la pulla de la joven.

—Yo creía —murmuró cuando estuvo seguro de que ni Aquiles ni Zala podían oírle—, que las dzetanas sólo sabían odiar a sus enemigos. ¿Ha cambiado tu doncella de opinión?

Ella le miró irritada. Luego, sin pronunciar palabra, se envolvió en su manta y se acostó nuevamente.

Riendo silenciosamente, Vannevar reavivó la hoguera y empezó a calentar agua para el café.

CAPÍTULO VIII


l tercer día de camino encontraron caza.

Durante aquellas setenta y dos horas, Vannevar había tenido la sensación de que ojos misteriosos e invisibles espiaban su marcha.

—Creo que no andas descaminado, ciudadano —dijo Aquiles, a quien el joven había comunicado sus aprensiones—. También a mí me lo ha parecido e, incluso, en ocasiones, he creído ver alguna sombra furtiva que se deslizaba por la espesura paralelamente a nosotros.

—Será convenirle que tengamos los ojos bien abiertos Aunque no los hemos visto, sabemos que hay hombres en Khromos. Es posible que sean amigos, pero más creo que se nos muestren hostiles. En todo caso, recuerda esto: hay que salvar a todo trance la vida de la prisionera.

Aquiles asintió:

—Trataremos de hacerlo así, ciudadano.

—Adviérteselo también a Barlesh. No separes la mano de la culata de tu pistola.

—Conforme.

El bosque parecía inacabable. No se vislumbraba su término y el joven pensó en las innumerables riquezas que debía de albergar Khromos en su seno y que, convenientemente explotadas, podrían rendir beneficios incalculables, aun no considerando éstos en términos estrictamente crematísticos.

Por fin, cuando ya desesperaban de comer otra cosa que el inevitable contenido de las latas, cuyo número, por otra parte, menguaba alarmantemente, hallaron caza.

Eran unos animalillos semejantes a conejos terrestres, pero muy mansos y nada suspicaces, que se dejaban atrapar con la mano. Hallaron una enorme manada de ellos y en su forma de comportarse le recordaron a Vannevar las bandadas de pingüinos de su planeta natal.

Cazaron un par de docenas, matándolos a golpes. Barlesh y Aquiles, junto con los dos tripulantes de la cosmonave, O'Landon y Forrest, se encargaron de despellejarlos.

Naturalmente, hubieron de ser comidos simplemente asados, más aun así la carne fresca les infundió una vitalidad y unos ánimos que ya empezaban a perder. Ahumaron el resto y, tras guardar convenientemente la carne cortada en tiras, reanudaron su camino.

La noche siguiente transcurrió sin novedad, excepto la que el joven ya había observado en precedentes ocasiones. Cuando Aquiles comenzaba su turno de guardia, Zala se reunía con él. El comportamiento de la joven le resultaba a Vannevar bien extraño, pero, al fin, acabó por dar la cosa de lado, pensando que era asunto de ellos y de nadie más.

Amaneció y, tras desayunar, reanudaron su camino.

Una hora más tarde, Yanilde le cogió nerviosamente por el brazo.

—¡Van! —susurró la muchacha.

—Si has visto un salvaje cerca de nosotros, disimula y sigue andando —le contestó él, en tono perfectamente normal.

Caminaban en fila india, pero en aquella ocasión, Yanilde se le emparejó.

—Por lo visto, hace días que lo sabes —dijo, en tono acusador.

—Lo he sospechado, que no es lo mismo.

—¿Temes que nos ataquen?

—No puedo asegurarlo. Quizá se limiten únicamente a observarnos, para convencerse de las intenciones que abrigamos.

—¿No sería conveniente tratar de entablar relaciones con ellos?

Vannevar torció el gesto.

—Verás, su proceder no me parece muy adecuado ni muy correcto. Quien se oculta de tal manera, es que teme o trama algo. Si no pensaran así, ya se habrían dejado ver.

Ella asintió.

—Esto no me gusta, Van. Presiento que quieren cualquier cosa menos hacerse amigos nuestros.

—Pensamos igual, Yanilde.

Ésta dijo:

—Quizá tratan de llevarnos a terreno conveniente para ellos y tendemos allí una emboscada.

Vannevar palmeó la culata de su pistola.

—La estrella de este planeta posee una actividad cósmica muy considerable y buena parte de su energía está encerrada aquí. No me gusta ser fanfarrón, pero si nos atacan, tendrán que lamentarlo.

Dos días más transcurrieron en idénticas condiciones. Los nervios de los náufragos del espacio empezaban ya a resentirse de la observación de que eran objeto, cosa que ahora ya sabían todos. En especial, Acunha y sus hombres murmuraban ya abiertamente y si no había estallado alguna violenta discusión, se debía única y simplemente al hecho de hallarse desarmados y en inferioridad de condiciones con respecto al joven y los dos legionarios.

Yanilde, por su parte, soportó admirablemente los rigores de la penosa marcha sin protestar ni quejarse. Zala refunfuñaba de vez en cuando, pero una vez que se puso particularmente quejumbrosa el joven la acalló con una simple indirecta que la dejó muda de asombro.

Cuando el joven se dio cuenta de que la unidad del grupo se resquebrajaba, llamó aparte a Aquiles. Barlesh había ido a hacer una pequeña descubierta en la dirección de la marcha, acompañado por Forrest.

—No me importa que tú y Zala os améis —le dijo de buenas a

primeras—. Pero lo que no quiero es que aprovechéis la soledad de tu turno de vigilancia para vuestras expansiones amorosas, ¿estamos?

Aquiles no se inmutó.

—Lo tendré en cuenta —dijo solamente.

—Acunha y los suyos protestan y murmuran. Estamos en territorio completamente hostil y si nos dividimos, acabaremos por sucumbir. Recuerda en todo momento que nuestra misión es sobrevivir para que un día puedan recogernos y continuar el viaje hasta Gamma de Sol. Con Yanilde, naturalmente. De lo contrario, ya podemos echarnos al lago de las serpientes.

—No volverá a suceder, ciudadano Dawson.

—Lo celebro. —Y después de unos instantes, Vannevar sonrió—. ¿De qué clase de pasta estás hecho que has conquistado de tal manera a una dzetana?

—Ella es una mujer y yo un hombre. En estos casos, las diferencias digamos de opinión, desaparecen.

Vannevar suspiró.

—¡Ojalá pudiera yo decir lo mismo! —Y palmeó amistosamente el hombro del legionario—. Bien, basta ya. Recuerda lo que te he dicho y…

Se interrumpió, mirando a un punto situado a espaldas de Aquiles.

Éste, al darse cuenta de la expresión del rostro del joven, giró rápidamente sobre sus talones, al mismo tiempo que echaba mano a su pistola.

Pero no era necesario utilizar las armas. Se trataba únicamente de Barlesh y Forrest que retrocedían a todo correr, al mismo tiempo que hacían signos de guardar silencio.

—Están ahí —dijo Barlesh con voz entrecortada, cuando hubo llegado a la altura del joven y sus demás compañeros, que se les habían reunido al verles llegar alarmados.

—¿Quiénes?

—Los salvajes. Hay miles de ellos.

—¿Saben que estamos aquí?

Barlesh encogió los hombros.

—No lo creo. Están muy ocupados y… Pero mejor será que lo veáis vosotros mismos. Venid. Silencio, por favor.

Se deslizaron con sigilo hacia adelante. A unos cien metros de distancia, Barlesh levantó la mano y luego la bajó, repitiendo rápidamente el movimiento.

Todos entendieron lo que el legionario quería decir. Vannevar se echó de bruces al suelo y, después de reptar unos cuantos metros, llegó al término del bosque, atisbando a través de unas matas.

Sus ojos se dilataron por el asombro. No podía creer en lo que estaba viendo.

—¡Es fantástico! —comentó una voz a su lado.

Vannevar se volvió. Era Yanilde, tan estupefacta como él, ante el increíble espectáculo que se desarrollaba a un par de cientos de metros de distancia.

El bosque terminaba de manera brusca, en el borde de un colosal anfiteatro, quizá el cráter de un volcán extinguido en tiempos prehistóricos, y que vendría a tener unos dos kilómetros de anchura. Todo él era rocoso, de paredes desnudas, con una suave pendiente en su parte inferior, que se hacía más abrupta a unos quinientos metros de su fondo, en la cresta de los murallones que lo rodeaban.

El cráter hervía de salvajes que iban y venían afanosamente en algo que de momento no supo distinguir el joven. Vio una docena de raras construcciones, hechas con gruesos troncos entrelazados con fibras salvajes y luego, en el extremo opuesto, divisó algo, con ayuda de los prismáticos, que le hizo dudar de la integridad de sus facultades mentales.

Había un colosal amontonamiento de ramas, en forma circular, hueco por el centro. Al lado se veían dos espesos grupos de salvajes, que por medio de unos rústicos palanquines llevaban unos objetos redondos de color blanco grisáceo, cuyo objeto tardó unos momentos en comprender.

Cuando lo supo, los ojos estuvieron a punto de salírsele de las órbitas.

—¡Mira allí! —dijo a Yanilde, pasándole los gemelos.

Aquellos objetos redondos eran, ni más ni menos, que unos gigantescos huevos de ave, que los salvajes, indudablemente, llevaban al lugar de emplazamiento de su tribu para alimento de la misma.

Los gruesos troncos que componían los palanquines, unidos

entre sí por una gruesa red de fibras, vegetales que soportaban los huevos, se combaban bajo el peso de éstos, y Vannevar calculó en cien hombres al menos los que se necesitaban para transportar uno solo de aquellos colosales huevos. Su diámetro, juzgando comparativamente por el tamaño de los salvajes, no bajaría de los tres metros y medio.

Recobrando los gemelos, observó detenidamente las restantes maniobras de los salvajes, sin lograr comprender mucho lo que hacían con aquellas extrañas construcciones de troncos y Manas.

Súbitamente, alguien soltó una exclamación. La sombra de una nube pasó por el cráter rápidamente.

Otra sombra cruzó, siguiendo el rastro de la anterior. Los salvajes suspendieron inmediatamente sus trabajos.

Un enorme clamoreo llegó a oídos de Vannevar y sus compañeros, quienes se dieron cuenta de que los salvajes volvían sus rostros hacia el cielo, mirando todos en una misma dirección.

—¡Vienen las águilas! —exclamó Yanilde, espantada.

—Aquí estamos seguros —dijo él—. Los árboles nos protegen. Pero esos desgraciados…

Volvió a enfocar los prismáticos hacia el cráter, advirtiendo que los porteadores aceleraban su paso. Sonoro batir de alas llegó hasta sus oídos.

—¡Mira! —exclamó la muchacha, aterrorizada por lo que veía.

Una de las águilas descendía casi en picado, irritada, al parecer, por el despojo de que era objeto. Pasó velozmente a menos de cincuenta metros del fondo del cráter.

En el mismo instante, todas aquellas extrañas máquinas que había visto el joven, entraron en funcionamiento. Seis de ellas lanzaron sendos troncos, aguzados por la punta, de diez metros al menos, despidiéndolos a lo alto con terrible fuerza, al mismo tiempo que las otras seis disparaban unos enormes pedruscos.

Cuatro de aquellas colosales flechas fallaron el blanco. Una cayó a corta distancia de los náufragos, clavándose profundamente en el suelo. Vannevar se espantó de su tamaño, pues era tan larga como un poste de telégrafos y casi el doble de gruesa.

Pero las otras dos hallaron su presa, hundiéndose profundamente en las carnes del gigantesco pajarraco.

Al mismo tiempo, tres piedras golpearon simultáneamente una

de sus alas.

Hasta un animal tan colosal como aquél tenía que sentir los efectos de aquellas armas tan anticuadas y, sin embargo, tan eficaces. El águila aleteó desesperadamente, tratando de mantener el equilibrio, pero al fin acabó por derrumbarse pesadamente.

Levantó su cabeza, armada de un pavoroso pico, que hacía tabletear de modo estremecedor, lanzando golpes a diestro y siniestro, para defenderse de la nube de salvajes que se le había arrojado encima.

—Esto es la lucha por la existencia —dijo simplemente el joven, quien, como todos, no perdía el menor detalle de tan feroz combate.

Muchos de los atacantes quedaron muertos o lisiados por los golpes que el animal asestaba, loco de rabia y de dolor, con pico, patas y las alas, aun la quebrada. Pero el resto, encaramándose por todos los rincones de su poderoso cuerpo, hundía en éste decenas de lanzas más cortas, algunas de las cuales, sin embargo, tenían que ser manejadas, debido a su peso y tamaño, por dos hombres.

La pareja del animal abatido graznó de modo ensordecedor, en tanto desencadenaba un ataque rasante contra los que osaban turbar la paz de su nido. No necesitó tocar a nadie para abatir a los salvajes a centenares: poseía su instinto y éste le dijo de sobra lo que tenía que hacer.

Los hombres que manejaban las máquinas no habían tenido tiempo de recargarlas, aunque trataban frenéticamente de hacerlo. El paso del águila provocó una especie de ciclón o tomado que derribó a cientos de sus enemigos por tierra.

Incluso desde el observatorio en el que se hallaban, se notaron los efectos de aquel repentino huracán. Los árboles se estremecieron y una nube de polvo se levantó en aquella parte de la ladera.

Varias de las máquinas fueron derribadas por el insólito tifón y rodaron, arrastrando a sus servidores, por la ladera, convertidas en un montón de astillas. Tras el gigantesco rugido provocado por el paso del ave, un enorme coro de lamentos y alaridos se elevó por los aires.

Muchos, sin embargo, no habían sufrido otro daño que el lógico de una caída violenta. Milagrosamente, los porteadores estaban indemnes; e impertérritos, tenazmente aferrados a su labor, ajenos a toda idea que no fuera la de proporcionar comida a la tribu,

continuaban su camino, ascendiendo las últimas escarpas del cráter.

—El que llame salvajes a estos individuos, merecerá mis reproches —dijo Acunha de modo pintoresco—. Pocos son los que se atreverían a enfrentarse con unos animales tan poderosos con unas máquinas tan frágiles como simples.

—Frágiles, sí; pero no simples —objetó Vannevar—. Su construcción denota un elevado grado de civilización, pese a su desastrado aspecto. Pero tengo la sensación de que estos hombres deben pasar mucha hambre; es el único motivo que puede obligarles a enfrentarse con las águilas, sabiendo que cientos de ellos pueden dejar la vida en el empeño.

—Pero cientos, o acaso miles, vivirán, ciudadano Dawson —objetó Acunha—. ¿Qué eran nuestros antepasados de la Edad de Piedra, sino iguales a éstos que vemos?

—¡Silencio! ¡El pájaro vuelve a la carga!

El suelo estaba cubierto de cuerpos, pero aún eran más los que estaban en pie. En cuanto a los sirvientes de las máquinas, estaban listos para su mortífera tarea.

Cinco flechas y cuatro colosales pedruscos volaran al encuentro del águila. De las primeras, tres alcanzaron su objetivo, clavándose hasta la mitad en el ancho del pecho del animal. En cambio, sólo un pedrusco atinó con el blanco, pero Vannevar, que contemplaba todo magníficamente a través de sus prismáticos, se dijo que quizá éste fue el golpe decisivo.

La roca alcanzó, al águila debajo mismo del pico. La potencia con que había sido arrojada era tal, que la cabeza de la bestia se dobló súbitamente hacia atrás durante un segundo, haciéndole perder la estabilidad.

Los salvajes que se encontraban bajo su trayectoria, huyeron apresuradamente para no ser aplastados por la caída del ave. Ésta, batiendo frenéticamente las alas, trató de remontarse.

Por unos instantes, Vannevar creyó que lo conseguiría. Pero los enormes troncos que llevaba profundamente clavados en el cuerpo hicieron sus efectos.

Al desplomarse, la catástrofe adquirió proporciones apocalípticas. El pájaro cayó a plomo sobre uno de los palanquines, matando o malhiriendo a los cien hombres que lo llevaban y destrozando completamente el huevo con el peso de su cuerpo.

Un torrente de una substancia pegajosa, blanco amarillenta, corrió por la ladera, en medio de los aullidos de cólera y decepción de los supervivientes.

Sin embargo, no eran individuos que se impresionasen mucho por un fracaso de este tipo y una nube de ellos se arrojó sobre el pájaro abatido para rematarlo.

Otros aprovecharon la ocasión y, comportándose ahora como simples bestias, se arrojaron sobre el líquido del huevo, sorbiéndolo vorazmente, echados sobre el suelo, sin molestarse siquiera en utilizar las manos a modo de cuenco.

Vannevar sintió que una náusea incontenible le subía por la garganta arriba. Oyó un ruido extraño y vio a Acunha un poco más allá, apoyado con una mano en un árbol, vomitando sin poderse contener. A su lado, Yanilde se estremecía convulsivamente ante aquella escena de un salvajismo sin igual.

Los movimientos del águila abatida cesaron bien pronto. Entonces, los salvajes se dividieron en dos grupos.

Uno de ellos se dedicó a atender a los caídos de un modo muy simple. Apartaban a un lado a los muertos y remataban a los que estaban heridos de un modo irremediable.

El resto se dedicó a cortar a hachazos las gruesas plumas de ambos pájaros.

—¡Bueno! —resopló Aquiles—. Ya tienen carne para…

El legionario se interrumpió. Zala acababa de lanzar un agudísimo grito de espanto.

Descolgándose en silencio de las copas de los árboles, una numerosa horda de salvajes se les arrojaba encima, aprisionándolos antes de que pudieran oponer una resistencia medianamente eficaz.

CAPÍTULO IX



chados en el fondo de una maloliente cueva, atados sólidamente de pies a cabeza, los cautivos reflexionaban amargamente sobre la suerte que podía caberles en manos aquellos individuos de aspecto tan fiero.

Tan sólo una persona se había salvado del cautiverio: Yanilde, quien había sido apartada desde el mismo momento de su llegada al lugar donde los salvajes tenían el emplazamiento de su tribu.

Poco era lo que el joven había visto a su llegada. Una serie de escalones de gran tamaño, practicados a mano en la roca, y centenares de cuevas, hechas de igual manera, donde habitaban aquellos trogloditas. Pieles de animales puestas a secar, animales domésticos, perros en cantidades exorbitantes y hogueras en la entrada casi de cada cueva.

—Un panorama antediluviano —masculló Acunha, tratando de aliviar la forzada postura en que se hallaba.

Vannevar no contestó. Su mente estaba ocupada por la imagen

de la muchacha. ¿Para qué se la habrían llevado? Quizá su rutilante cabello de oro había llamado la atención del reyezuelo de la tribu y éste pretendía convertirla en su esposa. Sólo el pensarlo le revolvió el estómago.

Zala, en cambio; había sido dejada allí, sufriendo el mismo trato que el resto. Los ocho estaban en el fondo de la cueva, cuya entrada, a medias cubierta por una pringosa piel, estaba celosamente guardada por dos hombres armados con lanzas de punta de piedra y cuchillos del mismo material.

—¿Acabaremos en el estómago de esos individuos? —preguntó Forrest.

—Quizá ahora tengamos suerte —comentó Markes, el ingeniero —. En tanto no devoren las águilas, puede que salvemos el pellejo.

—O puede también que nos sacrifiquen en un rito tribal a su deidad particular —dijo fríamente Aquiles.

Barlesh masculló una imprecación.

—Si tuviera aquí mi pistola energética, ya les daría qué sentir a esos tipos.

—Pero no la tienes; las ropas aparte, nos han despojado de todos nuestros efectos.

—Dios quiera que no se les ocurra curiosear mucho sobre ellas —dijo Vannevar, aterrado, pues no se le había ocurrido tal posibilidad.

—Sería espantoso —comentó Aquiles—. Un salvaje de éstos con un arma así en la mano…

—Mejor que perder tiempo en tonterías, debierais utilizarlo en buscar un medio de salir de aquí y salvar, de paso, a la princesa. Tú, ciudadano Dawson —le increpó Zala—, ¿no eras el encargado de su custodia?

—Déjale en paz —refunfuñó Aquiles—. ¿No te parece que ya tiene bastante?

—¡Bastante! —resopló la doncella—. Estamos aquí por su culpa. ¿Quieres, pues, que le tenga miramientos?

—Si tuviera las manos libres, te daría qué sentir, Zala —gruñó el legionario.

—Bueno, bueno —terció Acunha, conciliador—. Dejémonos de disputas y veamos la forma de largarnos de aquí.

—Hay varios miles de salvajes —objetó

O'Landon.

—La noche es el momento más propicio para la huida —sugirió Barlesh.

—Aprobado ese punto —dijo Acunha—. Veamos ahora: ¿cómo nos soltamos? Las ligaduras son muy sólidas.

—Frotándolas contra las rocas —expresó otro.

—¡Hura! ¿Ya podremos?

—No nos queda otra solución —manifestó Forrest—. En lo que a mí se refiere, no quiero ir a la olla sin llevarme por delante a unos cuantos. Quiero decir, que no me gustaría que me rebanasen el cuello como a un pollito y…

—¡Oh, basta ya de charla! —cortó Markes—. Supongamos ahora que tenemos las manos sueltas. ¿Qué es lo primero que debemos hacer?

—Buscar las armas.

—Buscar a Yanilde —dijo Vannevar.

—Primero las armas —repitió Acunha.

—Encontrando a Yanilde, tendremos aquéllas. Estoy seguro de que la guardan con todas nuestras pertenencias como un tesoro.

—¡Un tesoro! ¡Ji, ji! —rió Acunha—. Ya lo creo que la niña es un tesoro… —Pero se calló al ver la furibunda expresión que había aparecido en el rostro del joven.

—En mi opinión —dijo éste, al cabo de unos minutos—, creo que debemos actuar entre dos luces. Me refiero al alba. Es la hora en que todo el mundo duerme; incluso los centinelas, que los habrá, suelen estar cansados y su atención, si no está borrada por el sueño, queda disminuida en gran parte.

—De acuerdo en este punto. Pero ¿cómo averiguaremos dónde está la muchacha?

—Apresando a uno de nuestros centinelas. Creo que con la mímica sabremos entendernos. Él nos guiará.

—¿Y si chilla?

—Procuraremos que no lo haga. En cuanto haya anochecido, empezaremos a frotar las cuerdas. Alguno será el primero y…

—Ya hay uno que ha sido el primero —dijo alguien, de modo sorprendente.

—¡Aquiles! —exclamó Vannevar con pasmo.

—¡Psst…! —dijo el legionario—. Alguien viene.

La piel que cubría la entrada de la tienda fue echada a un lado y dos hombres penetraron en la cueva.

Ambos iban armados de la misma manera que los centinelas, y Vannevar observó que tanto los cuchillos como las puntas de lanza estaban afiladísimas como una hoja de afeitar. «Obsidiana volcánica», pensó.

Los dos hombres se detuvieron ante ellos. Uno iba vestido con mayor lujo que el otro y les dirigió una larga peroración en su gutural lenguaje, al mismo tiempo que accionaba violentamente hasta que el rostro se le cubrió de sudor.

—¿Qué dice ese gorila? —preguntó Markes.

—Nada bueno. Mañana, cuando salga el sol, nos sacrificarán a él.

—¡Diablos! ¿Es que estos tipos son adoradores del sol? —exclamó el ingeniero.

—Eso parece —contestó Aquiles sombríamente.

—Bueno, lo único que me gustaría —manifestó Acunha—, sería tener una droguería a mano. Me iba a comer dos kilos de matarratas para estropearles la digestión a estos sinvergüenzas.

—Se la estropearemos de todas formas —contestó Vannevar.

Luego levantó la voz y rompió en insultos contra el individuo.

El salvaje le escuchó con infinita atención, meneando la cabeza a cada imprecación que le dirigía el joven. Después le contestó y así, durante unos minutos, ambos se enzarzaron en un pintoresco diálogo que sólo pudo ser inteligible en su mitad y que provocó las delicias de cuantos lo escuchaban.

Cuando terminó la perorata, el salvaje dio media vuelta y se alejó, seguido de su acólito.

—La segunda parte me gusta menos —dijo Aquiles.

—¿Qué ha dicho? Yo le he puesto verde.

—Que a todos nosotros nos matará. Que la mujer de los cabellos de rayos de sol será su esposa y que la de piel negra…

—¡Piel negra! —chilló Zala—. ¡Yo, piel negra! ¡Maldito salvaje!

—Calla, que aún no he acabado. La mujer de piel negra, es decir, tú, serás la esposa de su hijo.

—¡Vaya! Todo queda en familia. ¡Qué bien! —rió Forrest—. ¿Hacemos una colecta para los regalos de boda?

Zala le arrojó una furibunda mirada. La piel había ocultado de

nuevo la entrada.

—Dejémonos de bromas. Aquiles —exclamó Vannevar—, ¿cómo has conseguido soltarte las ligaduras?

Aquiles explicó:

—He estado frotándolas desde que nos trajeron aquí. Pero no he querido moverme para no infundir sospechas a los centinelas.

—Está bien. Entonces, tú nos soltarás a todos. ¿Crees que debemos anticipar la hora de la acción?

—No —contestó el legionario tras unos instantes de meditación —. El alba, cuando apenas clarea, es el momento más adecuado.

—Entonces, no se hable más. Procuremos descansar y una hora antes, nos soltarás a todos, con el fin de que podamos reaccionar de la opresión de nuestras ligaduras.

Y ya no se habló más del asunto. La noche cerró rápidamente y todos cuantos allí estaban procuraron conciliar el sueño.

A la hora prefijada, Aquiles soltó a todos. Procurando no hacer el menor ruido, se frotaron muñecas y tobillos para restablecer la circulación de la sangre.

Vannevar tocó en el hombro a Aquiles. Éste le miró en las tinieblas.

Por la entrada de la gruta penetraba un débil hilo de luz, proveniente de los satélites de Khromos. Tenían las pupilas acostumbradas a la obscuridad y por ello les fue fácil ver a los guardianes sentados a ambos lados de la boca de acceso.

Los dos hombres echaron a andar, caminando en silencio, encorvados, seguidos a alguna distancia por Barlesh y Forrest, hombre éste de espíritu acometedor. Se deslizaron sigilosamente, junto a los muros de la oquedad con el fin de no ser vistos si a los centinelas se les ocurría mirar hacia adentro.

Uno de ellos se removió súbitamente. Vannevar se aplastó contra el muro de roca, conteniendo la respiración. En la mano tenía un gran pedrusco que estaba dispuesto a utilizar en caso necesario.

El centinela no se movió. Después de unos minutos de atenta espera, Vannevar y Aquiles reanudaron su camino.

En el momento final, se miraron mutuamente, como animándose a actuar. Después, con gesto simultáneo, saltaron sobre los guardianes.

Vannevar cogió al suyo por la garganta, cortándole la

respiración con la férrea presa de sus dedos. El salvaje se debatió, pero Forrest se le echó encima, atontándole de un feroz directo, a la mandíbula.

El otro fue inutilizado por un procedimiento similar. Sus armas eran muy rudimentarias, pero, a falta de otras, tuvieron que cogerlas para usarlas en el momento que lo precisasen.

Vannevar retiró suavemente la piel que cubría la entrada y oteó el panorama.

—El paso está franco —cuchicheó—. ¡Vamos, despertad pronto a uno de los dos salvajes!

Con bastantes más golpes que los que había recibido en un principio uno de los trogloditas fue obligado a recuperar el conocimiento. Aquiles y Barlesh le pusieron en pie y el primero le preguntó por señas dónde estaba Yanilde.

Claramente se veía que estaba muy asustado y que no acababa de comprender el modo que habían utilizado los prisioneros para liberarse. Pero sí supo entender lo que quería decir Aquiles con respecto a la muchacha.

A pesar de todo y por vía de precaución, se le puso una mordaza para evitar pudiese gritar, advirtiendo a sus compañeros. Luego, flanqueado por Barlesh que llevaba un cuchillo de obsidiana, y Aquiles, que era portador de una de las azagayas, salió de la cueva.

Acunha llevaba el otro cuchillo, en tanto que la segunda azagaya había pasado a manos de Vannevar, que encabezaba la comitiva.

Caminaron por aquel escalón, atisbando cada vez que pasaban por delante de una cueva para evitar sorpresas desagradables. Unos cincuenta metros más allá, el prisionero indicó una escalera hecha de troncos y lianas, que se apoyaba fuertemente en el borde del escalón superior.

—Yo subiré el primero —manifestó Vannevar, y puso en práctica su idea.

Antes de pasar al rellano, asomó la cabeza precautoriamente, sin ver a nadie. Por oriente surgía ya una débil claridad que empezaba a luchar esforzadamente con las sombras de la noche.

Saltó el escalón e hizo señas a los demás que subieran. El troglodita fue el primero en hacerlo, seguido por Aquiles y Barlesh. Zala seguía a continuación y tras ella los tripulantes de la nave, mirando a todas partes con bastante aprensión.

Cuando el troglodita estaba ya a punto de pasar el rellano, ocurrió algo.

Un gruñido sonó a espaldas del joven. Éste se volvió rapidísimamente blandiendo la azagaya.

A diez metros de distancia había un salvaje que le miraba con la boca abierta de un modo estúpido.

El individuo había salido fuera de su cueva por motivos particulares pero nunca soñó con encontrarse frente a sí a uno de los prisioneros.

No era tonto y al ver la mordaza que cubría la boca de su compañero de tribu, se dispuso a actuar.

Hinchó el pecho, tomando aire para lanzar un grito de alerta.

El gesto de Vannevar fue infinitamente más rápido. Echó el brazo hacia atrás, por encima de su cabeza, y luego lanzó el arma con todas sus fuerzas.

La azagaya surcó el espacio con la velocidad del rayo, yendo a clavarse profundamente en el pecho del troglodita. Éste lanzó un sordo gruñido y se agarró al palo del arma, dando unos cuantos pasos vacilantes.

Cayó de espaldas al suelo, pataleando convulsivamente. Vannevar corrió hacia él y, sin el menor escrúpulo, le puso un pie en el pecho, tirando del arma. Un chorro de sangre brotó de la espantosa herida.

El prisionero fue obligado a subir a fuerza de golpes. Vannevar hizo gestos frenéticos con la mano, llamando a sus compañeros. Éstos empezaron a pasar al rellano.

Súbitamente, Aquiles lanzó su venablo en dirección al joven. En un principio éste creyó que el legionario trataba de matarle, pero no tardó en comprender la solución del aparente enigma, cuando un ronco gritó sonó a sus espaldas.

Se volvió. Otro salvaje se aferraba, de una manera idéntica al anterior, al mango de la azagaya, cuya punta se le había hundido profundamente en el cuerpo. Vannevar saltó hacia él y, usando la suya con dos manos, se la clavó en la garganta, retirándola acto seguido.

Pero ya se había hecho ruido y su plan de guardar silencio había fracasado. Más salvajes empezaban a salir de sus cavernas, alertadas por aquellos ruidos raros que habían oído.

Barlesh degolló limpiamente a uno de ellos, cayendo al suelo al esquivar la acometida de otro. De no haber sido por la oportuna ayuda del capitán Acunha, hubiera muerto allí mismo.

Los gritos se multiplicaron. La luz aumentaba rápidamente, menos, sin embargo, que el número de salvajes.

—¡Aprisa, aprisa! —gritó Vannevar—. ¿Dónde está Yanilde?

Una piedra se estrelló contra el muro con terrible fuerza, muy cerca de su cabeza. Vannevar se volvió y, viendo al osado a una decena de metros de distancia, le arrojó la azagaya con idénticos resultados.

Se apoderó de otra caída en el suelo.

—¡Hay que subir al rellano superior! ¡Yanilde está ahí! —gritó Aquiles.

El joven corrió hacia la escalera más próxima, seguido de Barlesh, que se había apoderado de una pesada maza de guerra que utilizaba con singular eficacia. Tres o cuatro salvajes fueron apartados del camino por medios expeditivos, tras de lo cual Vannevar empezó a trepar por los escalones.

Estaba ya a punto de alcanzar el último, cuando unos ojos malignos surgieron encima de él. Una mano armada con una pesada hacha de hoja de obsidiana se levantó amenazadoramente sobre su cabeza.

Vannevar se vio perdido. En aquel instante, algo silbó junto a su oído y el erizante ruido de una lanza al hundirse profundamente en la carne le hizo estremecerse. El salvaje se inclinó hacia adelante, volteando sobre sí mismo, se estrelló con sordo choque contra el rellano inferior.

Vannevar saltó a terreno llano. En aquel instante, alguien lanzó un agudo grito.

—¡Yanilde! —gritó, inconteniblemente.

Y echó a correr.

Dos o tres salvajes quisieron impedirle el paso, pero una ciega furia se había apoderado de su espíritu y los barrió, blandiendo la azagaya en sentido horizontal. Crujió un cráneo y varios huesos se rompieron. Sonaron más gritos.

Saltando por encima de los caídos, que se debatían entre espasmos de dolor, corrió hacia el lugar donde había oído gritar a la muchacha, llamándola a voz en cuello. Ella pareció oírle, porque

sus gritos se repitieron.

Atravesó como un huracán el espacio que le separaba de la cueva donde se encontraba Yanilde. La llamó una vez más.

—¡Aquí, aquí! —gritó ella.

Apartó de un manotazo la piel que cubría la entrada y cruzó el umbral de un salto.

A la difusa luz del alba divisó en el fondo de la cueva dos siluetas que forcejeaban desesperadamente.

Un rugido de ira se escapó del pecho del joven al contemplar la escena. El salvaje le oyó.

Se volvió. Agachándose rapidísimamente, cogió del suelo un hacha de piedra y se la arrojó con todas sus fuerzas.

Vannevar esquivó el golpe, saltando de modo lateral. Luego, asiendo el asta del venablo con dos manos, como si fuera una lanza, se tiró hacia adelante, a fondo.

Mientras el salvaje se derrumbaba al suelo, atravesado por el mortífero golpe, ella se le abrazó, sollozando convulsivamente.

—¡Oh, Dios mío! ¡Estás aquí, Van!

De pronto, el joven divisó un montón de cosas en uno de los rincones de la cueva.

Lanzó un grito de alegría.

—Las pistolas —pero inmediatamente su alegría se trocó en espanto.

—¡Van, están descargadas! —gritó Yanilde, consternadísima.

CAPÍTULO X


fuera, el fragor de lucha era cada vez más ruidoso.

Vannevar miró un instante a la joven, como si no quisiera creer en lo que le decía.

—Estuvieron divirtiéndose con ellas —exclamó Yanilde, a punto de romper en sollozos—. ¡Oh, fue horrible! El jefe y su hijo dispararon continuamente, desintegrando hombres lo mismo que bestias, sólo por tener el gusto de verlos convertirse en humo. Y lo hicieron hasta agotar la carga.

Vannevar lanzó una sonora interjección. Comprendía muy bien el apuro en que se encontraban.

Podría recargarlas, sí, más para ello era necesario que saliese el sol y aún esperar al menos una hora a fin de que sus rayos hubiesen alcanzado plenitud de fuerza. Mientras tanto, las tres pistolas que les quedaban eran poco menos que artefactos decorativos.

El ruido de lucha atrajo su atención. Buscó un arma,

encontrando en un rincón un grupo de pequeñas azagayas, de mango muy delgado, seguramente destinadas a la caza de pequeño volumen.

Las cogió todas con la mano izquierda, dirigiéndose hacia la salida de la cueva.

Una vez fuera, divisó a sus compañeros luchando esforzadamente contra una masa cada vez mayor de salvajes que les acometían por todas partes. El inmóvil cuerpo de Barlesh, yaciendo en medio de un lago de sangre, le contrajo por unos instantes el corazón.

Faltaba también O'Landon, quien, seguramente, no había podido llegar arriba. Zala estaba detrás de Aquiles, protegida por su ancho cuerpo.

—¡Adentro, Zala! —gritó; y la doncella no se lo hizo repetir dos veces.

Una piedra le golpeó con fuerza el hombro izquierdo, entumeciéndoselo. Pese a ello, cerró aún más los dedos en torno al manojo de venablos y lanzó el primero.

Los restantes fueron arrojados velozmente, encontrando cada uno de ellos su blanco. El feroz contraataque del joven hizo vacilar un tanto las primeras filas.

El sol lucía ya rojo por el horizonte, derramando raudales de luz sobre la escena. Forrest emitió un espeluznante gorgoteo y se desplomó de bruces, pataleando frenéticamente, atravesada la garganta de lado a lado por un venablo.

La situación era ya francamente insostenible. Oleadas de salvajes acudían incesantemente al terreno de la lucha, armados con toda clase de elementos ofensivos.

—¡Adentro! —gritó el joven—. ¡En la cueva tenemos posibilidades de resistir! Además, están los reactores individuales.

No había acabado de pronunciar las últimas palabras cuando, súbitamente, la decoración cambió.

Decenas y decenas de chispazos luminosos, de un cegador color blanco, empezaron a estallar allá abajo, en la base del acantilado rocoso. Y cada vez que se oía el seco chasquido de una pistola energética, un troglodita desaparecía convertido en humo.

Una patrulla de hombres, armados todos ellos con pistolas

energéticas, avanzaron a paso de carga, barriendo implacablemente con el fuego de sus armas cuantos obstáculos se oponían a su paso. Los salvajes, asustados por los terribles efectos de aquellas armas, empezaron a retroceder.

Cuando algunos de los que estaban más cerca de los náufragos empezaron a desaparecer, convertidos en simples bolitas de humo, los demás, espantados, dieron media vuelta y echaron a correr frenéticamente, abandonando en el campo sus armas para poder huir mejor y más aprisa.

Vannevar apoyó la espalda en el muro, completamente exhausto, cubierto de sangre de pies a cabeza.

—¡Gracias a Dios! No sé quiénes son esos individuos, pero de buena gana besaría el suelo que pisan.

—Digo lo mismo —rió Acunha.

Las dos mujeres salieron fuera. Yanilde contempló el desastroso estado del joven y, obedeciendo a un incontenible impulso, fue hacia él.

Pero antes de tocarle, se lo pensó mejor y se detuvo, endureciendo el gesto. Vannevar puso cara de desaliento y, aflojando los dedos, dejó caer al suelo el hacha de obsidiana que aún tenía en la mano.

Un pelotón de individuos trepó por las escalas, dirigiéndose hacia ellos. A su frente iba un hombre de robusta complexión, pero cuya presencia, sin embargo, no acabó de agradar mucho al joven.

Una chispa de alegría apareció en los ojos del recién llegado.

—Te saludo, princesa Yanilde.

—Te saludo, Elikwar.

—Parece que hemos llegado a tiempo.

—Vuestra aparición no ha podido ser más oportuna, Elikwar. He de darte las gracias más rendidas… aunque, francamente, no esperaba verte por aquí.

—Mi obligación es —dijo el recién llegado con torcida sonrisa—, estar al lado de mi princesa. No puedo vivir en un planeta donde reinan la opresión y el terror.

Luego se volvió hacia el comandante de la nave.

—Gracias a ti, capitán Acunha. Te pagaremos lo estipulado apenas tengamos ocasión para ello.

Acunha sonrió torcidamente.

—Hacedme un cheque contra un banco de mi planeta. Lo prefiero así. No es por desconfianza, ¿eh?, sino… me gusta más de esa forma.

—Lo tendrás —dijo el otro.

Vannevar miró al astronauta con repugnancia.

—Entonces, fuiste tú.

—Si te refieres a la inutilización de los aparatos de control, sí. Todo hombre tiene su precio… y a mí me ofrecieron el que consideré justo.

—Ya —murmuró pensativo el joven—. Por eso manifestaste que no detectabas ninguna nave en las proximidades de la nuestra y por eso mismo dijiste que la radio estaba estropeada después del ataque de los dzetanos, que fue hecho, sin duda, para disipar sospechas.

Inspiró fuertemente.

—Debí haberlo advertido entonces. Fui un tonto… y si sobrevivo pediré la baja del Servicio. Te dejaste escapar una frase en la cual no reparé como debiera haber hecho.

—¡Ah, sí! —se rió Acunha—. ¿Y cuál es, si puede saberse?

—«Si no nos socorren, no sé de qué forma nos vamos a arreglar para aterrizar en Khromos», dijiste, una vez hecha la evaluación de los daños de la nave. Es decir, que en aquellos momentos ya sabías que teníamos que dirigimos aquí.

Acunha se encogió de hombros con gesto voluble.

—Era lo convenido, ciudadano Dawson.

—Y por cumplirlo, por hacerte con unos cuantos miles de «garants», traicionaste a tus compañeros y amigos, provocando el desastre y sus muertes. Fíjate, capitán Acunha —dijo el joven elevando un tanto la voz—, exceptuando las mujeres, sólo quedamos en pie Markes, Aquiles y yo. Más de veinte personas han muerto por que tú puedas disfrutar un día de un poco más de dinero. ¿Crees que no se te aparecerán sus espectros durante tus noches sin sueño, pidiendo venganza?

Acunha se agitó nervioso.

—Eso es cuenta mía —refunfuñó—. Quizá tú no lo has hecho porque no se te ha presentado la ocasión.

Vannevar sonrió débilmente.

—¿No, eh? Pregúntaselo a Elikwar. Él posiblemente sabrá las gestiones que hizo uno de sus mensajeros cerca de mí. ¿Has oído

hablar alguna vez de un millón de «garants»?

Acunha hizo un gesto despectivo.

—Peor para ti si no quisiste aceptarlo.

—Todo depende de la honradez de uno.

—¡Honradez! Bah, una palabra que…

—Basta —cortó secamente Elikwar—. Aquí estamos perdiendo el tiempo. Hemos de emprender la marcha.

—¿Hacia dónde? —inquirió suspicazmente el joven.

—Eso no te importa a ti —contestó el otro.

Vannevar miró a Yanilde.

—Te vas con ellos —dijo acusador.

Ella bajó los ojos.

—Sí —murmuró, en tono apenas audible.

Elikwar dio un paso adelante.

—La princesa viene con nosotros —exclamó, en tono declamatorio—. De momento, permanecerá desterrada en Khromos un tiempo, hasta que la cosa se vaya olvidando. Luego, volverá a levantar la bandera de la rebeldía. Aquí estamos seguros y nadie vendrá a buscamos. Queremos luchar contra la opresión injusta y arbitraria de Otthar y no nos rendiremos sino muriendo.

—Bien —suspiró el joven—, estoy en vuestras manos y sólo me queda resignarme a lo inevitable. Podréis iros, pero yo no os acompaño. Me quedo aquí.

Yanilde le cogió por un brazo.

—¡Van! Tienes que venir con nosotros. Si te quedas aquí, volverán los salvajes y te matarán.

El joven separó con gesto suave pero firme la de Yanilde.

—Ir contigo donde quieren llevarte esos malos consejeros tuyos sería expresar mi asentimiento tácito al presente estado de cosas. No puedo resistirme, pues son más que yo y tienen la fuerza y el número. Ve con ellos, Yanilde. No te lo reprocharé; ¿por qué hacerlo, si tal es tu manera de pensar?

—No seas estúpido —dijo ella, con ojos fulgurantes—. Deja a un lado esos prejuicios y sentimentalismos que no conducen a nada y acompáñanos.

Vannevar dijo:

—Para hacer eso que dices tendría que ser un segundo capitán Acunha y… todavía hay clases, querida. Anda, ve, yo no pienso

impedírtelo. Aquiles y el ingeniero Markes quizá quieran acompañarte.

Aquiles denegó con la cabeza.

—Me dijeron que debía estar a tu lado en todo momento, ciudadano Dawson.

—¿Lo ves? —sonrió el joven—. Todavía hay en este mundo algo que se llama honor y fidelidad. Gracias, Aquiles. Trataré de que un día se recompense este gesto tuyo.

—Gracias —respondió el legionario con sobrio acento—. Es mi deber, simplemente.

—¿Y tú, ingeniero Markes?

—Me quedo. No podría ser traidor a mi Emperador aunque lo quisiera.

—Ya ves —sonrió burlón el joven, dirigiéndose a la muchacha, la cual había palidecido considerablemente—, que no soy yo sólo el único en mantener tan anticuadas ideas.

—¡Y yo me quedo con ellos! —exclamó Zala, apretándose contra Aquiles de un modo que no permitía el menor género de duda.

—¿También tú? —exclamó ella, despechada.

—Es lo mismo —vociferó Elikwar—. Después de todo, ¿qué más da? No los vamos a llevar con nosotros, pero tampoco los vamos a dejar aquí. Un día pueden escapar y…

Elikwar levantó la pistola.

Yanilde lanzó un grito.

—¡Elikwar! ¿Qué es lo que vas a hacer?

El aludido sonrió siniestramente.

—Ya lo ves. Eliminar estorbos de en medio.

—¡No! —chilló la joven, lívida, desmelenada. Dio un salto felino y se colocó ante Vannevar, cubriéndole con su cuerpo—. ¡Elikwar, te prohíbo que dispares!

—Eres mi princesa, pero hay órdenes a las cuales no puedo obedecer. Ese hombre y los que le acompañan son un peligro constante para nosotros. No pueden seguir viviendo.

Los ojos de Yanilde llamearon.

—Elikwar —dijo con tono concentrado—, si lo vas a matar, será preferible que lo hagas también conmigo.

—¡Apartadla! —gritó el individuo, empezando a perder la paciencia. Dos individuos avanzaron resueltos hacia la joven, pero

antes de llegar a ella, un súbito grito les clavó en el suelo.

—¡Mirad! —exclamó Zala, alzando la mano al cielo.

En completo silencio; una docena de naves de forma circular descendía raudamente hacia ellos. La distancia no era excesiva y podían divisarse en cada una de ellas un par de escotillas abiertas por las cuales se lanzaban al espacio verdaderas bandadas de legionarios del Imperio, provistos de sus reactores individuales.

Entonces fue cuando se oyó en aquel grupo una voz enérgica, de tono conminatorio.

—¡Deponed las armas inmediatamente o haré que mis hombres os maten sin piedad!

Todos se volvieron hacia el autor de aquella enérgica intimación. Y Vannevar también lo hizo.

Aquiles metió la mano en su boca, sacando de ella dos objetos que arrojó al suelo. Sus mejillas se hundieron ligeramente. Luego, con dos secos tirones se arrancó las espesas cejas que sombreaban sus ojos.

Vannevar abrió los suyos desmesuradamente.

—¡El… Emperador!

La sorpresa de cuantos allí había fue indescriptible. Los soldados ya habían aterrizado y rodeaban a los conspiradores con sus armas, impidiéndoles el menor movimiento ofensivo.

Vannevar dio un paso hacia adelante.

—Señor, ¿por qué te arriesgaste de ese modo? Has podido perder la vida y…

—También un gobernante tiene deberes que cumplir —dijo Otthar con el ceño fruncido—. Y hacía tiempo que yo sospechaba que no todos los orígenes de la rebelión de Yanilde se debían a ella misma. Ahora —agregó con voz dura—, he podido comprobarlo en persona.

Levantó la mano. Un coronel se acercó, saludando rígidamente.

—Ese hombre —dijo Otthar, señalando hacia Elikwar—, es el jefe de los conspiradores. Esto podría perdonarse; pero lo que no tiene disculpa alguna es que haya intentado matarnos. ¡Ejecutadlo inmediatamente!

Media docena de legionarios se llevaron a Elikwar lejos de allí, a pesar de sus desesperadas protestas. Unos segundos más tarde, se oyó el chasquido de una descarga de energía y las protestas cesaron.

A continuación, Otthar se enfrentó con Vannevar.

—Y en cuanto a ti, agente Dawson, serás recompensado como mereces por tu lealtad y fidelidad al Imperio, lo mismo que el ingeniero Markes.

—Señor, he fracasado —contestó simplemente el joven—. Te pido la baja en el servicio.

Otthar se echó a reír.

—¿La baja? Oh, no; tengo algo muy interesante que encomendarte…

Otthar se interrumpió bruscamente.

Acunha salía en aquel momento de la cueva, provisto de un reactor individual. Antes de que pudieran impedírselo, remontó el vuelo.

Varios de los soldados trataron de seguirlo, pero Otthar lo impidió con una enérgica orden.

—¡Dejadle! Es lo peor que podía haber hecho —y tras una corta pausa, agregó—: El reactor no tiene combustible. Los vacié yo, previendo un caso así.

Yanilde lanzó un grito, acallado por el más agudo de Acunha, quien, de repente, se había dado cuenta del fallo de su aparato.

El comandante de la nave forcejeó desesperadamente con los mandos del aparato. Pero falto éste de su combustible, cesó de funcionar a unos cien metros del suelo.

El traidor lanzó un agudísimo grito al verse perdido. Pataleó desesperadamente, mientras caía a plomo.

Su alarido de espanto fue cortado súbitamente por el estremecedor ruido del choque de su cuerpo contra el suelo. Yanilde no pudo soportar aquella visión y volvió el rostro, escondiéndolo en el pecho de Vannevar.

—Coronel —ordenó el Emperador—, llévate a los prisioneros y cuida de que no se escape ninguno.

Luego se volvió hacia Yanilde.

—Has sido engañada en buena parte y ahora espero comprendas la lección —dijo—. Tus intenciones podían ser buenas, estrictamente hablando, si no hubiera habido detrás de ti un grupo de ambiciosos que te utilizaban como pantalla para el logro de sus poco escrupulosos fines. No se puede dividir el Imperio; a la larga, esto sería nuestra ruina, Yanilde. Tienes que comprenderlo así.

Ella bajó la cabeza. Luego miró a Otthar.

—Pero me destierras de mi pueblo.

Otthar se echó a reír.

—No. Me lo he pensado mejor. Tienes al lado alguien que te ayudará a entender las cosas tal como deben ser. Vannevar Dawson, espero que, una vez casado con Yanilde, hagas un buen procónsul de Dzeta.

—¡Majestad! —exclamó el joven, absorto—. Yo… no sé…

—Ya no dependen dé mí las cosas —dijo Otthar—, sino de ti. Ella te considera un traidor. Haz que de ahora en adelante te considere el único hombre de este mundo.

Olvidándose de todo, Vannevar cogió a la muchacha por los hombros, obligándola a volverse hacia él. Pero Yanilde no se atrevió a mirarle.

—¡Yanilde! —murmuró.

Ella levantó tímidamente los ojos. Luego, de repente, exhaló un leve grito de alegría y se refugió en los brazos del amado.

—Ya no podría seguir disimulando más, Van —susurró.

—No lo has conseguido nunca. Y menos, hace un momento, cuando trataste de salvarme la vida.

—Tenía que hacerlo —dijo ella, sonriéndole amorosamente.

Otthar también sonrió. Rodeó con su brazo los hombros de la doncella y se la llevó consigo.

—Dejémoslos solos, querida mía —dijo—. Han padecido bastante y es hora que recuperen el tiempo perdido.

Zala se echó a reír de pronto.

—¿Qué dirá Yanilde —exclamó—, cuando se entere de que soy tu esposa? Comprenderá que he sido tu confidente y…

—¿Crees —respondió él— que de ahora en adelante va a tener mucho tiempo para ocuparse en minucias, querida?

—Supongo que no —respondió Zala. Luego exclamó—: ¡Uf! Tengo unas ganas locas de llegar a casa y blanquearme de nuevo la piel.

—Te aseguro que así estás guapísima.

—Prefiero el bronceado natural, querido.

Otthar se desciñó el cinturón, entregándoselo a un oficial que le saludaba respetuosamente al paso.

—Tengo que ver al inventor de esos aparatitos.

—¿A qué aparatos te refieres? —preguntó Zala, extrañada.

—Durante todo este tiempo he estado llevando en el cinturón un emisor de radio que ha servido para delatar en todo momento nuestra posición. Solamente debían intervenir nuestros legionarios cuando emitiera una señal determinada, cosa que hice anoche.

Guardó unos segundos de silencio.

—Indirectamente, esto me recuerda la playa de las serpientes. Hay allí gemas en cantidades fabulosas, que deben ser recogidas antes de que invadan el mercado. Luego, trataremos de civilizar a estos salvajes. Khromos es un planeta con muchas posibilidades y…

Mientras tanto, Vannevar y Yanilde seguían mirándose, felices y ajenos a todo.

—Te cederé el gobierno de mi planeta, amor mío —dijo ella—. Creo que ésa es la mejor prueba de que, de ahora en adelante, pienso ser La Perfecta Ciudadana De Las Estrellas.

Él se echó a reír, contento y satisfecho.

—Por supuesto. Pero yo te daré un gobierno infinitamente mejor.

—¿Cuál, querido? —inquirió ella, extrañada.

—El de nuestra casa —respondió Vannevar, inclinándose para besarla.





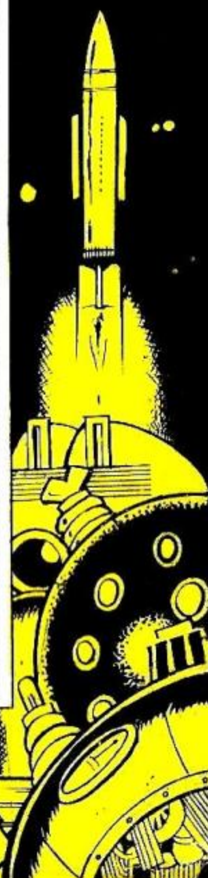
LUIS GARCÍA LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales. —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.





Escena de la película HUNDID EL BISMARCK
CINEMASCOPE (20th Century Fox)
Precio en España: 6.- ptas. En Argentina: 9 pesos